



**Centenario del Nacimiento de
DON MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN,
Cardenal Arzobispo de Toledo
y Primado de España**

**Villanubla (Valladolid)
16 de enero de 1918**

**CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE
DON MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN,
CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO Y PRIMADO DE ESPAÑA,
EN VILLANUBLA (VALLADOLID),
16 DE ENERO DE 1918**

*Actos celebrados en Toledo y Valladolid,
el día 16 de enero de 2018*

Con licencia eclesiástica

Imprime: Liberdigital
Madrid, 2018

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación. No podrá ser registrada ni transmitida por ningún medio ni ningún soporte sin la autorización previa y por escrito del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes.

ÍNDICE GENERAL

Presentación	9
Carta del Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y Disciplina de los Sacramentos, card. Robert Sarah	11

Actos en Toledo

Homilía Sr. Arzobispo de Toledo y Primado de España, D. Braulio Rodríguez Plaza	17
“Don Marcelo, de cerca” (<i>conferencia de Mons. Santiago Calvo Valencia</i>) ...	21

Actos en Valladolid

Don Marcelo (<i>escrito del Arzobispo de Valladolid y Presidente de la Conferencia Episcopal, Cardenal D. Ricardo Blázquez Pérez</i>).....	39
Homilía Sr. Arzobispo de Valladolid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Cardenal D. Ricardo Blázquez Pérez	43
“Desde Valladolid... en el Centenario de Don Marcelo González” (<i>conferencia de D. Francisco Javier Burrieza Sánchez, profesor de la Universidad de Valladolid</i>)	51

PRESENTACIÓN

El día 16 de enero se cumplió el centenario del nacimiento del Cardenal don Marcelo González Martín en Villanubla, provincia y diócesis de Valladolid. Unas breves palabras de presentación de don Marcelo y del doble homenaje.

Don Marcelo estudió los cursos de Latín y Humanidades y la Filosofía en el Seminario Metropolitano de Valladolid y se graduó en Teología en la Universidad Pontificia de Comillas. Durante veinte años formó parte del Presbiterio de Diócesis de Valladolid, donde desempeñó diversos ministerios. El día 31 de diciembre de 1960 fue nombrado Obispo de la diócesis de Astorga. En febrero de 1966 Arzobispo Coadjutor de Barcelona y un año después pasó a ser Arzobispo Residencial. El 4 de diciembre de 1971 fue nombrado Arzobispo de Toledo y Primado de España. El día 5 de marzo de 1973 fue creado Cardenal de la Iglesia, con el Título de San Agustín. El 24 de septiembre de 1995, con setenta y siete años de edad, pasó a emérito. Falleció en Fuentes de Nava, provincia y diócesis de Palencia, el día 25 de agosto de 2004, a la edad de 86 años.

El día 16 de enero de 2018, fecha en que se cumplía el aniversario de su nacimiento, le fue ofrecido un doble homenaje en Valladolid, diócesis en que nació, y en Toledo, diócesis de la que fue Arzobispo durante casi veinticuatro años. En Toledo, el Sr. Arzobispo don Braulio Rodríguez Plaza presidió en la catedral primada la Misa funeral en sufragio por su alma. Con él concelebraron el arzobispo de Santiago de Compostela, don Julián Barrio; el obispo de León, don Julián López; el obispo de San Sebastián, don José-Ignacio Munilla; el obispo auxiliar de Toledo, don Ángel Fernández Collado, y los obispos eméritos de Segovia y Orihuela-Alicante, don Ángel Rubio Castro y don Rafael Palmero Ramos, y cerca de ciento cincuenta sacerdotes y numero-

Los miembros de la vida consagrada y laicos. La Santa Misa fue precedida por la interesante y amena conferencia dictada por don Santiago Calvo Valencia, quien fuera su secretario particular durante 43 años, titulada *Don Marcelo, de cerca*. Antes de la celebración eucarística don Braulio leyó una hermosa carta enviada para la ocasión por el Cardenal Robert Sarah, Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. En la Misa el Sr. Arzobispo predicó una vibrante homilía. Publicamos íntegra las tres intervenciones: la carta, la conferencia y la homilía. La celebración concluyó con un ferviente responso por don Marcelo en la capilla de San Ildefonso, donde espera la resurrección tan buen pastor.

En Valladolid la conmemoración de la efeméride tuvo una estructura similar. El Cardenal Ricardo Blázquez Pérez, Arzobispo de Valladolid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, presidió la Santa Misa en la Basílica Santuario de la Gran Promesa, donde fue ordenado don Marcelo. El obispo de Santander, don Manuel Sánchez Monge, amigo y vecino en Fuentes de Nava de don Marcelo, y varios sacerdotes concelebraron la Santa Misa junto al cardenal, en la cual participaron muchísimos fieles. Antes de la santa Misa, el historiador don Francisco Javier Burrieza Sánchez de la Universidad de Valladolid pronunció en el Centro de Espiritualidad una documentadísima conferencia sobre don Marcelo titulada *Desde Valladolid... en el centenario de don Marcelo González* sobre la figura del prelado. Publicamos también ambas intervenciones a las que precede un artículo del Cardenal Blázquez en la hoja diocesana *Iglesia en Valladolid* titulado *Don Marcelo*.



*Cardenal Robert Sarah, Prefecto de la Congregación para el Culto Divino
y Disciplina de los Sacramentos*



CONGREGATIO DE CULTU DIVINO
ET DISCIPLINA SACRAMENTORUM

Ciudad del Vaticano, 14 de enero de 2018

Excmo. y Rvdmo. Monseñor Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España
TOLEDO

Excelencia Reverendísima:

Al acercarse la fecha del 16 de enero, día en el que se conmemora el centenario del nacimiento del Cardenal Marcelo González Martín, durante muchos años arzobispo de Toledo, quiero unirme a la acción de gracias que dicha Archidiócesis elevará a Dios Padre por todos los beneficios recibidos por tan encomiado pastor.

Hace dos años, invitado por Vuestra Excelencia, tuve la ocasión de visitar la Archidiócesis Primada y participar en la solemne celebración eucarística del *Corpus et Sanguinis Christi* y la posterior procesión por las calles de la ciudad de Toledo. Allí pude comprobar el inmenso amor que se profesaba a la figura de “Don Marcelo”, como comúnmente se le sigue llamando; de tal forma que despertó en mí el interés por conocer más a fondo su persona y ministerio episcopal. Ahora puedo asegurar que se trata de una gran personalidad eclesial y de un modélico pastor, no solo para las Iglesias de España, sino también para toda la Iglesia universal.

Percibí su inmensa labor al visitar los Seminarios Mayor y Menor, donde se constata todavía los frutos de su intensa labor en favor de la formación de los seminaristas; escuché el testimonio de varios sacerdotes destacando su interés por la santidad y pastoral de los sacerdotes; he podido com-

probar, después, en la misma sede de la Congregación de la que soy Prefecto, su dedicación a la liturgia, no sólo como Arzobispo de Toledo en favor de la promoción del Rito Hispano-Mozárabe, sino también como Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia en años de intensa actividad en la aplicación de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. Y todo esto con una admirable fidelidad a la Iglesia y al Santo Padre.

Por eso, manifiesto mi aprecio y estima a Vuestra Excelencia y a todos los que participarán en los actos conmemorativos de dicho centenario; y me uno, de todo corazón, a esta efemérides, suplicando al Señor que, al recordar a este venerado pastor, bendiga a esa amada Archidiócesis toledana.

De Vuestra Excelencia Reverendísima afectísimo en Cristo.

Robert Card. SARAH *Prefecto*

Actos en Toledo

**HOMILÍA
SR. ARZOBISPO
DE TOLEDO Y
PRIMADO DE
ESPAÑA, D. BRAULIO
RODRÍGUEZ PLAZA¹**

Queridos hermanos:

Conviene hoy citar un pasaje de la Carta a los Hebreos: *“Acordados de vuestros guías, que os anunciaron la Palabra de Dios; fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre”* (Heb 13, 7-8). Don Marcelo no fue un guía, fue un obispo de Astorga, de Barcelona y de Toledo. Pero los guías a los que el autor de la Carta alude son probablemente quienes vieron en Cristo a Aquél que había cumplido Las Escrituras

y así lo predicaron a sus compatriotas, hijos de Israel, en las décadas anteriores al año 70 a.C. Tal vez alguno era sacerdote, de los hijos de Leví o descendiente de Aarón. Fueron testigos valientes. Audaz fue también don Marcelo, sin duda en otras circunstancias históricas. Hoy celebramos su vida y su muerte: lo celebramos con acción de gracias al Señor, pues su pastoreo signi-



Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Braulio Rodríguez Plaza, Arzobispo de Toledo y Primado de España.

¹ Homilía pronunciada por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Braulio Rodríguez Plaza, Arzobispo de Toledo y Primado de España, en la Misa concelebrada en la Catedral Primada en sufragio por el Cardenal don Marcelo González Martín el 16 de enero de 2018.

ficó mucho para esta Iglesia de Toledo, para la Iglesia en España; lo celebramos también teniendo en cuenta su muerte, ofreciendo esta Eucaristía por él.

D. Marcelo está en la línea de tantos arzobispos toledanos, que todos conocéis en la larga historia de esta Archidiócesis. De uno de sus antecesores, también mío lógicamente, quiero hacer un subrayado especial: el Cardenal de España, Francisco Jiménez de Cisneros, cuyo 5º centenario de su muerte estamos celebrando desde el 8 de noviembre 2017. Las épocas no se intercambian, pero el arzobispo que nació en Villanubla (Valladolid) comparte con Cisneros el sentido de responsabilidad histórica y eclesial en el momento de desempeñar su ministerio episcopal, por las decisiones tomadas en su gobierno. No deseo narrar toda la existencia del Cardenal González Martín. Solo esbozar rasgos de su personalidad de pastor en Toledo, pero sabiendo que es la misma persona que fue sacerdote vallisoletano, obispo de Astorga y arzobispo de Barcelona. Por él damos hoy gracias al Señor y ofrecemos el misterio paschal en sufragio, aunque sé de personas que le tienen como bienaventurado. Pero ese es otro tema. Yo mismo tuve la dicha de conocerle un poco de cerca y honrarme con su cercanía y simpatía. Y conocí el enorme esfuerzo del Cardenal para, con otros muchos, posibilitar que el “viejo rito” hispano-mozárabe cobrara nuevo impulso en esa tradición celebrativa toledana ininterrumpida, para que no fuera solo arqueología litúrgica.

Espigando en el tomo X de las Obras Completas del Cardenal, veo una curiosidad que nos descubre un deseo profundo de don Marcelo. Prologa él una obra titulada “Jesús, escándalo de los hombres” (P. Braulio Manzano Martín S.J., en 1974). Don Marcelo confiesa que si no hubiera sido un prólogo para un estudio fiel del Evangelio, se hubiera negado a escribirlo, al menos por dos razones. “La segunda, dice él, es más personal, pero más íntima. Se la voy a confesar con humildad, ya que no se lo dije, cuando Ud. me visitó en Barcelona para exponerme su ruego. Toda mi vida de sacerdote, desde los años ya lejanos en que comencé a ejercer mi ministerio, he alimentado dentro de mí el designio de escribir una “Vida de Jesús”. No me retraía del intento el que fuese una Vida más, seguramente poco valiosa y acertada. Yo quería escribir una Vida de Jesús —¡qué desmesura!—, con atención preferente a eso que llamamos el hombre de hoy. Esto sucedía antes del Concilio Vaticano II. Los trabajos múltiples, en que tantas veces va quedando prendida la vida de un sacerdote, como la lana de las ovejas entre las zarzas, me impidieron realizar mi propósito”.

Pero no le impidieron predicar y hablar mucho de Jesús, de la vida de Jesús, como él mismo reconoce: “Mucho, muchísimo”. Pues de eso damos también gracias al Señor, pues podemos gozar con sus homilías y otros escritos siempre en buena dicción castellana, cuando hoy las leemos. Hablar de Jesucristo, y hablar de la Iglesia, Madre, Esposa, que anuncia a Jesucristo como Salvador, que da sentido a las vidas de las personas. ¿Y no escribió él del Seminario y el Sacerdocio? Bueno, no quisiera estar con ustedes hasta bien entrada la noche comentando en esta celebración obras, homilías, artículos sobre estos dos temas, como si se tratara de uno solo. Pero debo hablar algo del Seminario y de su pasión y cuidado por él como ámbito e institución necesaria para formar los sacerdotes que necesitaba la Iglesia de Toledo.... Y de otras muchas partes, en las que hoy hay obispos y, sobre todo, sacerdotes formados en este Seminario Diocesano. Este es otro motivo principalísimo que explica esta celebración hoy de la Eucaristía pidiendo por don Marcelo.

He conocido algo de la historia de los Seminarios de España de la segunda mitad del siglo XX, pues en el de Madrid viví formándome desde 1960 a 1972, el año que don Marcelo tomó posesión de Toledo. Desde 1967-68 hasta los años 80, la crisis fue honda, en momentos dramáticos. Por eso, decir en 1973: “El porvenir religioso de una diócesis depende en gran parte del seminario diocesano”, se puede considerar un atrevimiento y más cuando para el Cardenal hablar del Seminario es aludir al sacerdocio de Cristo perpetuado en los hombres elegidos por Dios y facultados para transmitir a la humanidad la redención salvífica. Según su pensamiento, el Seminario es una realidad –institución, lugar, tiempo, método, todo a la vez– que la Iglesia utiliza para que siga habiendo sacerdotes”. Es decir, que de un modo u otro tendrá que existir siempre el Seminario, si queremos que haya sacerdotes, porque éstos no nacen ni se improvisan; se han de preparar debidamente. “Luego tendremos que formarlos como la Iglesia quiere y dispone”. Es la consecuencia lógica.

Este es el origen de la abundancia de sacerdotes en Toledo desde los años 70, si pensamos cuantos han faltado en tantas diócesis por crisis de vocaciones. Nunca hay abundancia de sacerdotes; pero ciertamente es bueno que existan esas condiciones de vida cristiana buena en parroquias y grupos cristianos que permitan al Seminario desplegar su capacidad formativa con adolescentes y jóvenes seminaristas. También con vocaciones tardías. Tampoco faltaron en tiempo de D. Marcelo, pero no sin un enorme esfuerzo y mucha generosidad. Quiera Dios que sigan existiendo en el momento actual, gracia

que pido para otros seminarios en España. Como una buena ambientación vocacional en parroquias y grupos cristianos.

“No hay mayor alegría para el pastor de una diócesis que contemplar el continuo florecer y madurar de las vocaciones sacerdotales bajo la siembra de su palabra y con la generosa colaboración del Presbiterio diocesano”. Son palabras del Cardenal en 1991. Para él, ningún hecho religioso, signo sagrado, institución o agente evangelizador proclama con tanta fuerza como el sacerdote la acción redentora de Cristo entre los hombres y mujeres. No va esta apreciación en contra de la misión que en la Iglesia tienen fieles laicos y consagrados, unidos como están por la comunión eclesial y la corresponsabilidad. El papel importante de los presbíteros en el Pueblo de Dios les viene, además, no por su capacidad personal exclusivamente, sino por la fuerza sacramental de su ministerio.

El Seminario no inventa los sacerdotes, sino que los configura según el modelo de Cristo y de su Iglesia. La actuación ministerial del sacerdote exige, por ello, una formación adecuada, que comienza en la etapa imprescindible del Seminario y se prolonga a lo largo de una vida de continua renovación en la entrega y la respuesta a Cristo Sacerdote. Eso supone en la voluntad de don Marcelo: cultura eclesíastica y profana en grado suficiente, santidad de vida, aceptación gozosa de sacrificios y renunciaciones por amor a Cristo y mejor servicio a los hombres, obediencia a la Iglesia cuando nos pide fe ardiente, oración y contemplación del misterio de Dios revelado, firmeza frente a las tentaciones del mundo, caridad con todos, fidelidad a las promesas libremente hechas.

Una vida tan densa como la de don Marcelo aquí sólo hemos podido esbozarla. Basta con este esbozo, porque él nos regañaría, al hacer en la Eucaristía de sufragio por él un panegírico. Sí, es cierto; por ello os invito, hermanos, a vivir esta celebración con el gozo del Misterio Pascual, orando por él; pidiendo que goce de la dulzura de la maternidad de la Virgen, a la que amó entrañablemente. Y que, si ya goza del abrazo infinito de Dios, no se olvide de nosotros, y nos consiga ser discípulos y maestros, dignos hijos de la Iglesia. Así sea.

+ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

DON MARCELO, DE CERCA²



Mons. Santiago Calvo Valencia durante su conferencia en la Catedral de Toledo.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Toledo - Primado de España

Excmos. y Rvdmos. Srs. Arzobispo y Obispos

Excmo. Sr. Deán y Cabildo Primado

Señoras y Señores

Saludo también a quienes están unidos a nosotros por el Canal Diocesano de televisión y por Radio Santa María de Toledo

Y saludo de manera muy especial al Sr. Obispo emérito de Orihuela-Alicante, Don Rafael Palmero Ramos, aquí presente, mi querido herma-

² Conferencia pronunciada por Monseñor Santiago Calvo Valencia, Canónigo de la S.I. Catedral Primada y Secretario de Don Marcelo durante 43 años el 16 de enero de 2018 en la Catedral Primada de Toledo.

no en el sacerdocio y compañero en las vivencias que voy a narrar, como secretario, primero, y después Vicario general y Obispo Auxiliar, que fue, de Don Marcelo.

Muchos se preguntan cómo vive un obispo, en su vida privada. La respuesta es: Cada uno a su manera, todos de forma digna, de acuerdo con las circunstancias de cada cual. No tan bien como bastantes piensan y con más limitaciones de las que algunos se imaginan. Yo voy a decir algunas cosas de Don Marcelo, del que fui secretario particular cuarenta y tres años, cuya vida familiar era muy sencilla.

Por ejemplo, podemos preguntarnos ¿cómo celebraba Don Marcelo el día de su santo?

Fue variando un poco, según iban cambiando las circunstancias de las diversas diócesis en que estuvo. Recuerdo que en Barcelona, un año, después de la comida en familia y dormir un poco de siesta, Don Marcelo, Don Rafael Palmero y un servidor fuimos al Tibidabo, donde había un parque de atracciones, sobre todo para niños, y pasamos un rato muy divertido, entrando en la sala de los espejos, donde aparecían las figuras deformadas; en la casa de los horrores, donde aparecían brujas y fantasmas y, ya entre dos luces, terminamos montándonos en la Montaña Rusa.

En Toledo, por la mañana, iba celebrar la Misa al Seminario. Después desayunaba con los seminaristas, y el resto del día estaba retirado, rezando y algún rato despachando correspondencia y atendiendo llamadas de teléfono. A mediodía, hacíamos una comida de familia, a la que se unía un matrimonio de Barcelona. Después descansábamos un poco y, cada año sin fallar nunca, hacíamos una cosa: jugar unas partidas de cartas. Primero, a la brisca; después a otra cosa, que llamábamos la negra, en que se jugaba más dinero, que nadie cobraba, y lo que íbamos perdiendo se echaba en un cestillo y era para Cáritas; y terminábamos con otra partida, que llamábamos la mona, que era la más divertida: Uno iba echando cartas y los demás, cuando salía una sota, teníamos que levantar la mano y decir: Adiós señorita. Cuando salía el caballo, con el mismo gesto decíamos: Adiós caballero. Cuando salía el Rey, había que hacer una inclinación de cabeza, siempre en silencio y sin reírse. El que hablara en cualquiera de estos tres saludos o se riera, perdía el juego, y tenía que echar un duro al cestillo y coger las cartas y repartirlas. Uds. ¿Se imaginan a Don Marcelo haciendo esas ceremonias? Unas veces, las hacía bien

y otras se equivocaba y, como los demás, tenía que coger las cartas, poner el duro y repartir. Y, cuando se equivocaba alguno, que era cosa muy frecuente, todos lo reíamos.

A las siete o siete y media de la tarde tomábamos un café con leche. Después, los invitados de Barcelona se iban. A estas horas, **—las seis—**, estábamos en plena sesión de juego. ¡Que recuerdo tan grato...!

Hoy, 16 de enero, recordamos la fecha del centenario de su nacimiento. Pero verán una cosa curiosa: **¿Cómo podemos demostrar que nació el día 16?** En la partida de bautismo de la parroquia de su pueblo, Villanubla, provincia y diócesis de Valladolid, en que nació y creció, no aclaramos nada. En el libro de bautismos pone que nació el día 10 y, para colmo, en la copia de la partida que sacó once años después el que era Párroco, cuando Don Marcelo fue al seminario, pone que nació el día 18. Ambas copias las hicieron dos párrocos muy celosos y cumplidores, pero no fueron muy exactos en este asunto de escribir partidas, que entonces se hacían totalmente manuscritas.

En la partida de nacimiento del ayuntamiento dice que el niño Marcelo González Martín, hijo del matrimonio formado por Minervino González y Constanza Martín, nació en Villanubla, el día 16 de enero de 1918. Y su madre, principal protagonista y testigo del hecho, siempre dijo, sin saber nada del embrollo de las partidas de bautismo, que había nacido el día 16 de enero, a mediodía, cuando estaba todo el pueblo blanco, cubierto por una gran nevada, que había caído durante la noche, y que le pusieron de nombre Marcelo por dos motivos, porque era el Santo del día, y porque una hermana de Minervino, el padre del niño, que se llamaba Marcela, había fallecido hacia ocho años, cuando tenía diez y nueve de edad.

Sin buscar nuevos testimonios se impuso la verdad de que había nacido el 16 de enero, en Villanubla, porque Don Marcelo siempre celebró su santo ese día y así pasó a todos los documentos, incluidos los nombramientos de Obispo y de Cardenal, en los que no habían pensado ninguno de los dos buenos Párrocos de Villanubla.

Don Marcelo, como siempre fue conocido por todos, desde los primeros monaguillos que tuvo en Valladolid hasta los Papas y los Reyes, fue llamado por Dios a su presencia, a los 86 años, después de sesenta y tres de sacerdote, cuarenta y tres de obispo y treinta y uno de cardenal. Ya muerto Don Marcelo y debidamente aclarada la fecha del nacimiento y el error de la partida

de bautismo, se ha hecho un nuevo asiento de la partida en el libro de bautismos de la Parroquia de Villanubla, con las notas marginales correspondientes.

Aficiones especiales

La primera, la lectura, desde muy niño y, ya de obispo, que es cuando yo le conocí de cerca: la lectura de libros de historia, sobre todo de los siglos XIX y XX, en que era especialista.

Otras diversiones más frívolas: el fútbol. Él nunca jugó porque tenía un defecto en la vista, que le obligó a llevar gafas desde niño. Era entusiasta, casi hinchista, del Real Madrid. Vivía, como propios, los regates de Di Stefano, Gento, Amancio, y Butragueño, como si los hiciera él mismo. Se alegraba con los triunfos merengues y pasaba malos ratos cuando el Madrid perdía. Le gustaban mucho, aunque fue a verlas menos veces de las que él hubiera deseado, las carreras de galgos, en algunas fincas cercanas a Toledo. Disfrutaba hablando con los galgueros, a los que preguntaba por las características de cada perro y pedía que le explicaran cómo los enganchaban a la trailla y cómo les soltaban cuando salía la liebre. Le gustaba pasear por el campo abierto: iba a ver bandos de perdices, desde la carretera, cerca de Yuncillos, y observar cómo corrían las liebres, junto a la carretera de Fuensalida, cerca de la vía del tren.

UNA AFICIÓN ESPECIAL Y SU DEDICACIÓN DE POR VIDA: LA PREDICACIÓN

La cultivó desde niño.

Muchas veces nos preguntamos si el poeta nace o se hace. Lo mismo podría decirse del comunicador, en **concreto del predicador**. De Don Marcelo se conserva una breve poesía dedicada a la trilla, pero nunca sintió inclinación especial por escribir versos. Sí que fue un excelente comunicador; y ejerció el ministerio de la palabra de manera extraordinaria, con sus sermones y sus cartas pastorales.

Cuando tenía nueve o diez años y sus amigos querían escucharle, les echaba un discurso y, cuando no tenía otro auditorio, se encerraba en un cuarto en que su madre guardaba las ollas de la leche con la que hacía el queso, que vendía, y predicaba a las ollas y a los pucheros. Cuando cumplió once años dijo que quería ser cura para predicar, como el párroco de su pueblo, que era el único que hablaba en público.

Su traslado al seminario de Comillas fue decisivo. A quienes iban desde otros seminarios a esta Universidad les obligaban entonces a hacer un curso de perfeccionamiento de los estudios de latín y humanidades, antes de empezar la filosofía o la teología. Para Don Marcelo ese curso fue determinante para decidir su vocación y para despertar su afición por los estudios humanísticos y, en particular, para adquirir facilidad de hablar en público. Un profesor, que era el tutor del curso, descubrió sus cualidades. Le orientó, le estimuló y le abrió amplios horizontes.

Cuando se ordenó sacerdote empezó enseguida sus predicaciones continuas en Valladolid. Después de cada sermón, él mismo se hacía la autocrítica, analizando la reacción del público y escuchando las observaciones que algunas personas le hacían.

En un cuaderno iba escribiendo diversas notas, entre otras cosas, éstas: *"Hoy he llegado a la iglesia de San Ildefonso muy deprisa, un poco nervioso. No me ha salido bien. Tengo que prepararme mejor y llegar con más calma"*. Otro día: *"La gente ha estado muy atenta y se han impresionado con el ejemplo que les he narrado"*. Otro: *"Don Germán González Oliveros, (que fue Canónigo Magistral en Valladolid y después Deán, sacerdote ejemplar, con gran prestigio), me ha dicho que no me esfuerce tanto (entonces no había micrófonos); que como no cuide la garganta, pronto me voy a quedar sin voz"* Y en una ocasión escribe: *"Todo esto lo hago, con la intención de ir corrigiéndome, y lo escribo en notas exclusivamente para mi uso personal, para tenerlo en cuenta y corregirme. Esto a nadie le importa. Si alguien llegara a meter las narices en este cuaderno, sepa que se mete donde no debe"*.

Yo no he metido las narices; lo he leído con veneración y lo digo con el mayor respeto. Antes de morir me autorizó a que yo me hiciera cargo del archivo, que iba a entregar al Cabildo Primado, y que yo viera y publicara lo que creyera conveniente. Y creo que esto es un ejemplo de esfuerzo y trabajo que nos dio. Lo mismo que nos dio ejemplo en cómo preparaba sus sermones: haciendo siempre un guión, más o menos amplio, estudiándolo y "rezándolo". Varias veces le oí decir que los sermones hay que prepararlos bien, estudiarlos detenidamente y cocerlos en la oración ante el Señor. Ésta es una máxima, que aprendió de San Juan de Avila.

Y él lo hacía: Por la mañana, de siete y media a ocho hacía su meditación. Por la tarde, después de rezar el rosario, paseando por una galería o

por el patio, hacía su visita al Santísimo, al menos durante veinte minutos, y, cuando iba a tener alguna intervención más importante, se iba con sus guiones a la capilla y allí estaba largos ratos “cociendo el sermón”.

Sus predicaciones en Valladolid

En Valladolid predicó constantemente en las diversas iglesias y en otros lugares. Fueron muy famosos unos sermones, con aplicaciones a la vida social, que predicó el año 1950, cuando tenía 32 años, en la Iglesia de San Benito. A partir del segundo día, el gobernador civil y un Ministro del Gobierno intentaron que el Arzobispo los prohibiese; pero el Arzobispo no sólo no accedió a la petición, sino que dijo que aprobaba totalmente lo que estaba diciendo Don Marcelo, y éste, en lugar de acobardarse, se enardeció con la denuncia y, al día siguiente de ésta hizo desde el púlpito una proclamación pública de su ideal como sacerdote, que después sintetizó en dos palabras del Evangelio, lema de su escudo episcopal: **“Pauperes evangelizantur”**. **“Los pobres son evangelizados”**

“Mi anhelo —dijo entonces— es ser Sacerdote de Jesucristo, Ministro del Evangelio, con todos los valores que la vida y la doctrina de Dios hecho hombre encierra, al servicio del hombre y de todos los hombres.

Las enseñanzas aprendidas y las luces del Cielo capacitan a un sacerdote en su misión a desempeñar, y el sentimiento de justicia e injusticia no sólo le estimula, sino le impone la actuación, con sus mejores amores: el Evangelio y los pobres, pidiendo a todos los que, con legítimo orgullo ostentan el título de cristianos, vivan la vida que a ese título corresponde y hagan noble ostentación de que saben querer como hermanos a todos los hombres, sean o no sean cristianos.

Lo que importa es que la Verdad sea conocida y brille por doquier. Esa fue la consigna del Salvador de los hombres: que “la Verdad sea conocida”, que el Evangelio sea, además de conocido, vivido, y para ello en lo que a mí corresponde, estoy dispuesto a no restar ni un adarme.”

Durante doce años, acudían gentes de todas clases sociales de Valladolid, que abarrotaban las naves de la catedral, para oír sus sermones en la misa de los domingos, a la una y media,

Oposiciones a canónigo

Cuando tenía veintinueve años hizo las oposiciones a Canónigo de la catedral de Valladolid. Las realizó de forma brillantísima. El último ejercicio era predicar un sermón. La calificación fue un DIEZ, con el siguiente añadido:

“El Tribunal, por unanimidad, hace constar que el sermón en forma homilética de Don Marcelo González Martín ha sobrepasado, considerado en relación con los sermones de los otros dos opositores, muy considerablemente, y, no teniendo puntos con qué expresar esta diferencia, lo hace constar a los efectos que procedan”.

Durante el tiempo que fue Arzobispo de Barcelona, y sobre todo cuando se fue enterando de ciertas cosas, expuso repetidas veces al Papa Beato Pablo VI y al Nuncio, Mons. Dadaglio, que él ni había pedido ir a Barcelona, ni tenía interés en seguir allí; que le sacaran cuando quisieran. En una ocasión el Nuncio le dijo que la única solución para que saliera de Barcelona era ir a Roma, como secretario a una Congregación. Don Marcelo le dijo que eso no lo podía aceptar, porque no dominaba el italiano y, *“si yo no puedo predicar, –le dijo– prefiero dejar el ejercicio del episcopado e irme a mi casa...”*. Esta misma razón, no dominar la lengua italiana, fue la que expuso al Nuncio Monseñor Tagliaferri, el año 1993, cuando, transmitiéndole los deseos del Santo Padre, le pedía que fuera a dar los ejercicios espirituales al Papa y a la Curia Vaticana. *“No domino el italiano –le dijo–. Podría hacerlo en español o en latín, pero ir, limitándome a leer unas cuartillas, sin poder improvisar sobre la marcha, me parece una falta de respeto”*. Y no aceptó.

Dictamen de un gran médico de Toledo

Cuando, ya jubilado, con más de 80 años, empezó a sentir una afonía que se le hacía crónica, fue a consultar a un otorrino muy competente de Toledo, que le examinó con toda atención y le dijo que tenía un nódulo en una cuerda bucal, fruto del desgaste del mucho uso que había hecho de su garganta; que no era grave, pero que podría ir aumentando y, en pocos meses, le impediría hablar en público. Le añadió que, dada su edad y el informe del cardiólogo, la anestesia podría acarrearle algún trastorno mental pasajero o quizá, como había ocurrido en algunos casos, un trastorno irrecuperable. Don Marcelo le dijo: *“Entonces, Doctor, pueden ocurrir dos cosas: Si no me opero, dentro de poco tiempo no podré predicar y, si me opero, puedo perder la cabeza por efectos de*

la anestesia". "Efectivamente", le dijo el Doctor. Don Marcelo le respondió en el acto: "Pues...opéreme cuanto antes, porque sin predicar no voy a poder vivir; es igual que si me he muerto, y los efectos secundarios de la anestesia puede ser que se produzcan o no se produzcan". Y añadió: "Como esto puede ser un poco comprometido para Ud., deseo dejar por escrito que conozco los riesgos que corro con la operación; que Ud. me ha advertido de ellos y que yo los asumo voluntariamente. Me hago responsable de lo que pueda suceder". El Doctor le operó. Durante unos días estuvo desubicado, pasó una temporada sin predicar, pero después siguió haciéndolo con toda normalidad hasta unos meses antes de morir. Excmo. Y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Toledo - Primado de España.

Don Marcelo predicó más de 10.000 sermones. De muchos de ellos, no quedan notas escritas. Pero se conservan 53 carpetas, con discursos íntegros y esquemas, desde que tenía 14 años de edad hasta ocho meses antes de morir.

No se preocupó de sus cosas personales

Ni de mirar la partida de su bautismo. Fue a Vinebre, provincia de Tarragona, a ver la partida de bautismo de San Enrique de Ossó, el Fundador de la Compañía de Santa Teresa, de quien escribió la biografía, para comprobar si había nacido el 15 ó el 16 de octubre, y no se preocupó de mirar la partida de su bautismo, que tenía más cerca.

No tuvo cartilla en el banco hasta después de estar dos años en Barcelona. Su hermana, Angelita, sí que tenía una pequeña cartilla en una caja de ahorros, y le puso como cotitular, pero él nunca se preocupó del dinero que había. Eso era cosa de su hermana. Ya, estando en Barcelona, dos personas de familias distintas, una de ellas con la que tenía gran amistad desde los años de Valladolid, y otra conocida y tratada muy cerca desde que llegó a Barcelona, le hicieron caer en la cuenta de que no podía vivir así, dejando prácticamente desamparada a su hermana, en el caso de que él muriera, y le convencieron de que tenía que abrir una cartilla en condiciones, para ir ahorrando y asegurar el porvenir de su hermana, en el caso de que él faltara. Hasta entonces se había conformado con tener lo suficiente para ir viviendo cada día, con una digna austeridad, confiando en Dios.

Nunca tuvo casa propia

En Valladolid vivió en una casa de renta e hizo más de 800 casas para los necesitados. Quisieron hacer una casa para él y la rechazó, para que nadie dijera que se había aprovechado del dinero que había pedido a unos y a otros para hacer casas. Después hizo algunas viviendas en Astorga y en Toledo, y en Barcelona presidió el Patronato de Viviendas del Congreso.

Una familia de Barcelona, que se enteró de su situación, quiso hacerle el obsequio de una casa donde él quisiera. Lo rechazó por las mismas razones que dio a quienes habían querido hacérsela en Valladolid. Pero este matrimonio habló con Don Rafael y conmigo y les dijimos por dónde podían atacarle, de modo cariñoso y eficaz: Díganle que quieren hacer una casa para su hermana Angelita, porque si él faltase, ¿dónde iba a vivir ella? Así se lo dijeron. Entonces Don Marcelo accedió y Angelita escogió, para que le hicieran la vivienda, el pueblo de Fuentes de Nava, provincia de Palencia, donde había nacido su madre y donde ella tenía sus amistades.

Allí hicieron la casa, en la cual desde el año 1972 pasaron las vacaciones y donde años después los dos fallecieron. A su muerte, la donaron al Obispado de Palencia y ahora es la Casa parroquial y salón de catequesis.

Ni del enterramiento

Tampoco se había preocupado del lugar en que había que enterrarle. El derecho canónico dice que los Obispos, incluso los eméritos, pueden ser enterrados en la catedral de su Diócesis. Y suelen señalar el sitio en que quieren ser sepultados. Don Marcelo no se preocupó de ello. El año 1995 pasó a emérito con 77 años, sin decir nada sobre el asunto. Tres años más tarde (en octubre de 1998) cayó gravemente enfermo en Fuentes de Nava. Le ingresaron en el hospital provincial de Palencia, y estuvo a punto de morir. A mí me avisaron para que fuera lo antes posible, si quería verle con vida. Gracias a Dios, lo superó. Don Rafael Palmero, su antiguo secretario y Vicario General aquí, en Toledo, era Obispo de Palencia. Hablamos entre nosotros de lo que lo hubiéramos tenido que hacer, si Don Marcelo hubiera fallecido, y comprobamos que a ninguno de los dos nos había dicho nada de sus deseos sobre la sepultura.

Cuando le dieron el alta, yo me quedé unos días en Fuentes y le pregunté si se había dado cuenta que había estado a punto de morir. *"No me*

he dado cuenta”, me respondió. “Pues me avisaron –le dije– porque tenían miedo de que Ud. sólo durara unas horas. Y le voy a hacer una pregunta: Si hubiera muerto ¿dónde hubiéramos tenido que enterrarle? ¿Ha escogido el sitio? “Me miró y me dijo con naturalidad: “A mí me da lo mismo. Haced lo que os parezca mejor”. Después de varias preguntas y respuestas, le dije que yo iba a quedarme allí unos días, pero al volver para Toledo, tenía que traerme un escrito, firmado por él, en que dijera dónde quería ser enterrado, cuando falleciera, “que ojala sea dentro de muchos años”, pero que tenía que escribirlo. Al fin se decidió y lo hizo: En la capilla de San Ildefonso, patrono de la Archidiócesis de Toledo, al que desde seminarista tuvo mucha devoción, en cuya fiesta entró en la Diócesis Primada, y porque allí está enterrado el Cardenal Gil de Albornoz, gran defensor del Papa y fundador del Colegio de España en Bolonia, institución a la que él estuvo muy unido. Gracias a esa insistencia se preocupó de un asunto, que de no haberlo resuelto nos hubiera dado algún quebradero de cabeza.

Dos audiencias con lágrimas: con el Beato Pablo VI y con Franco

Don Marcelo fue a Barcelona por decisión del Santo Padre el Beato Pablo VI, quien, según le dijo el Nuncio, Monseñor Riberi, “*le pide y, en cuanto puede obligarle, le manda, que acepte el nombramiento. No hay manera más clara para ver la voluntad de Dios que el mandato expreso del Papa, a no ser que Ud. quiera exigir que baje un ángel del cielo, para que se lo diga como hizo con la Santísima Virgen*”. Así aceptó Don Marcelo ser Arzobispo de Barcelona, que, aunque años antes se había resistido a ser nombrado obispo, en esos momentos se encontraba feliz en Astorga.

Desde su llegada a Barcelona, se dio cuenta de que el rechazo con que había sido recibido su nombramiento, por no ser catalán, no cesaba y quienes lo fomentaban buscaban medios para llegar directamente a la Nunciatura, a las más altas instancias vaticanas, e incluso al Santo Padre. Don Marcelo, que manifestó su resistencia al nombramiento, continuó expresando siempre la misma disposición para dejar el Arzobispado de Barcelona en cuanto el Santo Padre lo dispusiera y, cuanto antes mejor, sobre todo cuando empezó a percibir que quienes protestaban regresaban a Barcelona, satisfechos de las gestiones hechas y de lo bien que habían sido recibidos en la Nunciatura.

En una de las audiencias con el Santo Padre, Don Marcelo le insistió que debía salir de allí, sin condición ninguna, dispuesto a ir a la diócesis

más pequeña o incluso renunciar al ejercicio del episcopado. El Papa le insistió que no lo dejara, que siguiera, que tenía todo su aprecio y confianza, que estaba muy agradecido por la aceptación que dio en su día y por lo que estaba haciendo, y llegó un momento en que el Papa le dijo: *“Mi cruz es más pesada que la suya, siga adelante. Clavados con Cristo en la cruz es como tenemos que servir a la Iglesia”*. El Papa tomó su pectoral, lo levantó ante los ojos de Don Marcelo y se echó a llorar, repitiendo: *“Mi cruz es más pesada que la suya”*. Ante esto Don Marcelo se levantó del sillón, besó el pectoral del Papa, que seguía llorando, y muy conmovido también él, salió de la audiencia, decidido a *“seguir en su puesto, hasta que Dios quisiera...”*.

El año 1974, cuando Don Marcelo llevaba dos años en Toledo, se produjo el asunto del Obispo Añoberos, el gran conflicto entre el Gobierno Español y la Santa Sede, que pudo haber terminado en un caos. Varios Prelados pidieron a don Marcelo que intentara ver al Jefe del Estado, Generalísimo Franco, que no había querido recibir al Cardenal Tarancón, pero que acaso a él le recibiría. Don Marcelo logró ver a Franco, para pedirle que no expulsaran de España al Obispo Añoberos.

En su conversación le insistió que, por favor, por amor a España y por amor a la Iglesia, no expulsaran al Obispos Añoberos, cuando ya tenían un avión preparado en el aeropuerto de Bilbao para sacarle de España. Después de estar hablando Don Marcelo durante veinte minutos, sin que Franco dijera una palabra, y viendo Don Marcelo que le escuchaba, pero que no le impresionaban las reflexiones que le iba haciendo, le dijo: *“Excelencia, en España hay 23.000 sacerdotes. De ellos más de 22.000 están comportándose de una manera ejemplar y, en nombre de la Iglesia, están prestado un servicio a España que nadie más ha prestado, ni lo puede prestar mejor. Con las medidas que ahora quiere tomar el Gobierno, esos 22.000 sacerdotes buenísimos y el pueblo sencillo van a sufrir mucho y van a pagar las consecuencias, de una manera irreparable, de lo que hacen casi 1.000, que crean los conflictos”*. Ante estas palabras vio que Franco se impresionó. Días más tarde, cuando en el Consejo de Ministros la mayoría ya estaban dispuestos a expulsar de España al Obispo de Bilbao, Franco utilizó ese argumento, que detuvo la expulsión.

Confiado en el éxito que tuvo en esa ocasión, cuando al año siguiente se celebraron varios consejos de guerra en que se pedían penas de muerte para varios miembros de ETA y del GRAPO, Don Marcelo fue de nuevo a ver a Franco y le pidió por las mismas razones, el bien de España y de la Igle-

sia, que se condonaran todas las penas de muerte y no se ejecutara a ninguno. En un momento Franco le dijo: *“Esté seguro, Sr. Cardenal, que haremos todo lo que se pueda”* y se echó a llorar. Don Marcelo me dijo al salir: *“Se ve que está sufriendo presiones muy fuertes. No sé si se va a conseguir que no ejecuten las penas de muerte. Yo ya no puedo hacer más”*.

EN ASTORGA Y EN BARCELONA

Antes de ser Arzobispo de Toledo, Don Marcelo fue sacerdote en Valladolid, donde desarrolló toda su actividad, de forma ejemplar, durante veinte años.

Después, fue Obispo de Astorga, donde, además de trabajar con su empuje juvenil, participó en todas las sesiones del Concilio Vaticano II.

Como Arzobispo de Barcelona, además de sus continuas predicaciones, **hizo y puso en marcha obras muy importantes**, a pesar del tiempo que tuvo que emplear en capear los conflictos, casi continuos, que se le presentaron.

Con las autoridades mantuvo siempre una conducta de colaboración e independencia. Por lo cual, aunque no aceptó el nombramiento de Procurador en Cortes, que le ofrecieron, los catalanistas y los cercanos al marxismo le tacharon como subordinado manifiesto al Gobierno de Madrid. Por el contrario, hubo grupos de derechas y algunas autoridades, que le calificaron como colaborador con los enemigos del Régimen y muy débil para corregir los abusos que, según ellos, los otros grupos cometían.

Conflictos desde el primer día

La reacción ante las dificultades es una buena prueba para conocer a las personas. Entre los numerosos incidentes que tuvo en Barcelona, voy a referir brevemente el que considero más comprometido. Ocho días antes de la llegada de Don Marcelo, un grupo de sacerdotes había hecho una manifestación, entonces prohibida por la ley, desde la catedral a la Jefatura de Policía. La policía les cortó el paso, hubo enfrentamientos y heridos. Como consecuencia, procesaron a cuatro de los manifestantes, que años más tarde, siendo Don Marcelo ya Arzobispo, fueron juzgados y condenados a un año de reclusión por el Tribunal de Orden Público. Un grupo de unos cien sacerdotes fueron a manifestarse al patio del arzobispado, desafiando a la policía. Hubo apelación al Tribunal Supremo y dos años después la sentencia fue confirma-

da. Nueva manifestación en el patio del Arzobispado, con gran escándalo de otros muchos sacerdotes que no estaban de acuerdo con estas actuaciones, y profunda división también entre los seglares de distintos pareceres. Y el Arzobispo en el medio, sufriendo presiones de unos y de otros.

Para llamar más la atención, muchos estaban esperando el momento en que se decidiera la fecha en que debían cumplir la condena de reclusión en una casa religiosa, que señalara el Arzobispo. Don Marcelo estuvo haciendo gestiones, en viajes a Madrid, con tres ministros, Garicano Goñi y López Rodó, los dos muy vinculados a Barcelona, y el de Justicia, don Antonio Oriol, pidiendo que los indultasen, sin que los encausados se enterasen, ni tuvieran que entrar en prisión. Los tres le dijeron que eso era imposible, porque para conceder el indulto tenían que empezar a cumplir la pena. Pero que, en cuanto ingresaran, gestionarían el indulto con toda rapidez. Don Marcelo insistió en que eso era lo que había que evitar, porque se iban a producir grandes conflictos, que iban a dividir aún más al clero y al pueblo. Escribió, además, a Franco una carta, que el Ministro Oriol le entregó personalmente. No tuvo contestación y cuando llegó la sentencia, diciendo que los cuatro debían empezar a cumplir la pena, Don Marcelo no aguantó más, consultó con el Abogado del Arzobispado, que era el Decano del Colegio de Abogados de Barcelona, y, sin que se enteraran los encausados, que querían que les obligaran a ir a prisión para que el escándalo fuera más notorio, Don Marcelo decidió hacer un escrito, diciendo que ya estaban cumpliendo la sentencia –cosa que no era cierta– en la casa de San Felipe Neri y daba la dirección y el teléfono de la misma. El asunto, llevado con el máximo secreto, sólo lo sabían el Arzobispo, el Abogado, el Obispo Auxiliar Mons. Guix y el Rector de la casa, que al día siguiente envió un escrito al Tribunal, diciendo que allí estaban reclusos los cuatro sacerdotes y observaban muy buena conducta –lo cual tampoco era cierto– y con este escrito iba unido otro del Obispo auxiliar que, en nombre del Arzobispo, pedía el indulto.

Los documentos llegaron al Tribunal. El Fiscal, para confirmar lo que decían los escritos, llamó por teléfono a la casa de San Felipe Neri, y aquí se lió el asunto. Cogió el teléfono un empleado que no sabía nada de la trama, y el fiscal le preguntó por el Superior, que en ese momento no estaba en casa, y por los cuatro sacerdotes, que estaban allí reclusos. El empleado le dijo que allí no había nadie. El Fiscal llamó por teléfono al obispo auxiliar que había firmado los escritos “por orden del Sr. Arzobispo” y le dijo muy serio que, de

acuerdo con la Ley, quien había cometido ese delito de falsedad tenía que ir a la cárcel de forma inmediata.

El Obispo auxiliar fue corriendo a decírselo a Don Marcelo, que estaba con una visita, a la que tuvo que decir que saliera un momento. Don Marcelo se armó de todo lo necesario y dijo, sin dudarle un instante: *“Se acabaron los paños calientes. Ellos verán si detienen a estos cuatro. Si hay que ir a la cárcel, voy delante de ellos. Yo soy el responsable de los escritos”*. Allí tenía el teléfono del Ministro de Justicia, marcó el número, se puso el Ministro, Don Antonio Oriol, a quien Don Marcelo le contó lo que había pasado y añadió: *“Aquí estoy yo, dispuesto desde este momento a ir a la cárcel. Hasta las dos estaré en el Arzobispado; por la tarde no saldré de mi despacho, en mi residencia, en el Colegio de las Madres Teresianas. Yo soy el responsable de los escritos, que se han hecho por orden mía. Ni me arrepiento, ni me escondo, Sr. Ministro. He procurado durante estos quince días evitar el escándalo. Uds. no me han dado solución. No han previsto el jaleo que se podía armar, y ahora lo vamos a tener más gordo, cuando se haga público que meten al Arzobispo de Barcelona en la cárcel”*. Y, ya más calmado, añadió: *“Don Antonio, ahora como amigo, le ruego que piensen lo que van a hacer. Busquen la solución que sea, pero eviten meterse en este lío, que no sabemos adónde nos puede llevar, pero desde luego a nada bueno...”*

Al día siguiente llegó un telegrama urgente, diciendo que los sacerdotes habían sido indultados. A los pocos minutos de recibir el telegrama, llamó el Ministro Oriol, confirmando la noticia y pidiendo a Don Marcelo que guardara absoluto secreto, porque hasta unos días después los encausados no recibirían la comunicación en el Juzgado.

Efectivamente, a los tres o cuatro días recibieron una citación urgente, señalando el día en que tenían que presentarse en la Audiencia. La noticia se corrió con toda rapidez entre sus grupos afines, que enseguida se organizaron y, llegada la fecha, un grupo de sacerdotes se pusieron la sotana, para ir a la hora convenida a las cercanías de la Audiencia, para que cuando los encausados salieran con la noticia, acompañarles en procesión, con cruz alzada, cantando el rosario, por las calles de Barcelona hasta el Arzobispado. La gran desilusión se produjo, cuando los encausados salieron muy contrariados y con caras de enfado manifiesto, porque les habían comunicado el indulto.

Y esto no era más que el primer eslabón de la cadena de conflictos que tenían preparados. El siguiente, que ya habían anunciado al Sr. Nuncio los

cuatro encausados, sería "Huelga de Misas" en muchas parroquias, a partir del domingo siguiente al que empezara la reclusión de los condenados.

Gracias a la intervención de Don Marcelo se evitó, primero que lo cuatro sacerdotes ingresaran en prisión y, segundo, como consecuencia, que no se celebrara esa procesión, falsa y escandalosa, que hubiera dividido aún más a los sacerdotes y fieles de Barcelona.

Entre estas alegrías y contrariedades el Papa le nombró Arzobispo de Toledo, donde Don Marcelo, desde el primer momento, se encontró muy feliz, como un toledano más.

He contado hechos, más o menos significativos de la vida de Don Marcelo, que pudieron haber sido primeras noticias de prensa. Para él lo más importante era **la vida ordinaria de cada día**: La caridad con obras, la piedad sincera, el trabajo, el servicio a los demás, la obediencia, el celo pastoral, la fidelidad; las obras buenas y sencillas que están al alcance de todos y que no suelen aparecer en los periódicos, pero que, salidas del fondo del corazón, son las que dan brillo a la Iglesia de Cristo y contribuyen a dar gloria a Dios.

CONCLUSION

En la carta que el Papa San Juan Pablo II le escribió, el año 1986, al cumplirse los veinticinco años del nombramiento de obispo, después de enumerar diversas cosas que había realizado Don Marcelo en su vida, le dice: ***"Bien sabemos que no siempre has navegado por mares muy tranquilos. Pero ¿a quién no le alcanza el oleaje? Sigue, pues, el camino emprendido, confiando en Dios, a quien sea la gloria por los siglos"***.

Esta carta del Santo Padre y el tono de su redacción produjeron a Don Marcelo mucha alegría. Cuando se publicó, una persona, colaboradora muy cercana, le dijo: "Le habrá gustado la carta que le ha enviado el Papa, sobre todo esa frase que le dice: ***"sigue en el camino emprendido..."***, que manifiesta una aprobación expresa a su labor". Don Marcelo contestó: ***"Pues sí, es verdad. Esta carta me ha producido mucha alegría. El Papa es siempre muy generoso conmigo. Me quiere mucho y sabe que yo también le quiero mucho a él. Le agradezco estas expresiones de atención. Pero lo más importante es que Dios, que me conoce del todo, me diga lo mismo, cuando quiera llamarme"***.

Fue Arzobispo de Toledo durante casi 24 años, atendido, en el Arzobispado, por las Religiosas Auxiliares Parroquiales de Cristo Sacerdote. Cuan-

do pasó a emérito, aquí siguió, los nueve años que vivió como jubilado, en la Residencia “Madre Genoveva” de las Religiosas Angélicas. Tanto unas como otras le atendieron con toda solicitud y delicadeza. El día 25 de agosto se cumplirán los catorce años de la fecha en que fue llamado a la Casa del Padre.

Hoy se cumple el centenario de la venida a este mundo del Cardenal Don Marcelo González Martín, “DON MARCELO”. Demos gracias a Dios por su nacimiento y pidamos al Señor de la Misericordia que, si aún no le tiene junto a Él en el cielo, le lleve cuanto antes, para que goce de la Gloria Eterna e interceda por nosotros.

Muchas gracias.

Actos en Valladolid

DON MARCELO³

Basta el nombre para que los vallisoletanos y en general los españoles con cierta edad y conocimiento de la Iglesia sepamos a quién nos referimos. Ocupó un lugar destacado en nuestra historia durante varios decenios. Hoy quiero recordar a D. Marcelo, porque el día 16 de enero se cumplen 100 años de su nacimiento en Villanubla. En la parroquia se conserva et báculo pastoral donado por él que yo he utilizado para presidir la Eucaristía. Es para nosotros motivo de orgullo honrar su memoria. Fue hijo eminente de nuestra provincia, de nuestra diócesis y miembro de nuestro presbiterio diocesano.

Unas fechas para precisar su itinerario: Ordenado presbítero en Valladolid el 29 de junio de 1941 después de terminar los estudios en Comillas; Obispo de Astorga de 1961 a 1966; Arzobispo de Barcelona desde 1966 hasta 1972, años turbulentos tanto en el orden eclesial del postconcilio como político, durante los cuales el rechazo inicial se mantuvo con dureza hasta el final. Fue trasladado al Arzobis-



Emmo. y Rvdmo. Sr. Don Ricardo Blázquez Pérez, Cardenal Arzobispo de Valladolid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española.

³ Card. Ricardo BLÁZQUEZ PÉREZ, *Don Marcelo*, en «Iglesia en Valladolid» 286 ([16-31] Enero 2018) p. 3.

pado de Toledo, donde desplegó sus dotes extraordinarias de pastor. Murió el 25 de agosto de 2004. Yo tuve particular relación con D. Marcelo siendo obispo de Palencia, ya que en vacaciones vivía en Fuentes de Nava, donde él y su hermana Angelita tenían una casa. Recuerdo con honda gratitud el ánimo que me transmitió en la celebración del inicio de mi ministerio episcopal en la catedral de Bilbao. Siempre experimenté su afecto y apoyo.

Deseo subrayar tres aspectos de la actividad de D. Marcelo que me parecen sobresalientes. Fue delegado arzobispal de Cáritas Diocesana desde 1941 hasta 1961. Fundó et patronato de San Pedro Regalado para obras sociales; la impronta caritativo-social de la fe le caracterizó siempre. En sintonía con esta veta apostólica fue elegido por los obispos para diversos encargos en la Conferencia Episcopal. Fue un orador excelente, hasta el punto de que muchos iban a escucharle los domingos en la catedral. Armonizó la elocuencia del predicador, el atractivo de la belleza literaria en el decir, la adaptación a la capacidad receptiva de los contenidos por parte de los oyentes que sosegadamente y sin esfuerzo seguían la exposición, la potencia de la voz y los recursos para suscitar y sostener la atención del auditorio. Tuve la oportunidad de escucharte en bastantes ocasiones, sobre todo en Ávila.

Un tercer aspecto de su largo ministerio episcopal es el siguiente: cuando D. Marcelo llegó a Toledo, la situación del seminario era de decaimiento, como muchos en aquellos años. Pues bien, en poco tiempo remontó la debilidad y adquirió un vigor admirable, acertando en la elección de los formadores y acompañando de cerca al Seminario. Pronto la sólida formación teológico-espiritual, la intensa pastoral vocacional que ha continuado los años siguientes, la serenidad en la vida cotidiana de los seminaristas, el entusiasmo por el ministerio sacerdotal, hicieron que de muchos lugares recibiera candidatos el seminario de Toledo. Es comprensible que varios presbíteros formados en aquel Seminario hayan recibido el ministerio episcopal.

Durante muchos años presidió la fiesta de la Transverberación de Santa Teresa de Jesús en el Carmelo de la Encarnación de Ávila. Quien fue capellán del Monasterio desde el año 1966 hasta el final de su ministerio por motivos de enfermedad, D. Nicolás González, tuvo el acierto de reunir en un volumen las 27 homilias pronunciadas por D. Marcelo en esa fiesta celebrada el 26 de agosto (Card. González Martín, Véante mis ojos. Santa Teresa para los cristianos de hoy, Edibesa. Madrid, 2003). El libro fue prologado por el Card. Antonio Cañizares, Obispo de Ávila desde el año 1992; más tarde sería

sucesor de D. Marcelo en Toledo y continúa presidiendo la fiesta de la Transverberación. Merece la pena leer las homilias, y, si el lector escuchó predicar a D. Marcelo, podrá entre líneas oír el eco de su voz. En cada homilía apreciamos cómo la memoria de Santa Teresa proporciona luz para enfocar la vida cristiana, la situación de la Iglesia y otros acontecimientos de la sociedad.

¿En qué consistió y qué significa la Transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús? En "El Libro de la vida" (29, 13) narra la visión de un ángel con un dardo de fuego atravesándote el corazón; es una visión de orden espiritual. La gracia del dardo aconteció por primera vez hacia el año 1560. "Me dejaba toda abrasada en el amor de Dios". En el retablo de la capilla de la Transverberación se encuentra un cuadro que es copia del grupo escultórico de L. Bernini "Éxtasis de Santa Teresa", que se encuentra en la iglesia de santa María della Vittoria en Roma, de patetismo barroco e intensidad dramática. Esta representación de santa Teresa aparece también en la basílica subterránea de Lourdes. ¿Por qué no poner mejor para recordar a santa Teresa en el santuario mariano el retrato auténtico pintado por Fr. Juan de la Miseria, en lugar del cuadro de gran teatralidad imaginativa del Bernini? En todo caso en la iglesia del convento de la Encarnación hay una capilla denominada de la Transverberación; es un hecho de carácter místico que experimentó la Santa varias veces y que recuerda en diversos escritos.

El dardo viene de Dios por un ángel; no es producto de su imaginación. Le causa al mismo tiempo "dolor grandísimo", y "suavidad excesiva". Este "episodio cumbre" significa que la presencia de Cristo se ha unificado, concentrado y desbordado" en la experiencia intensa del amor de Teresa (T. Álvarez). Desea morir para ver al Señor y gozar eternamente de su presencia. El amor se le convierte en surtidor de deseos que la distancia en su pleno cumplimiento hace inefablemente doloroso.

Con frecuencia D. Marcelo lo recuerda: "ya es tiempo de verte, mi Amado" (p. 163). "El Señor se deja adorar por los hombres que le aman" (p. 226). "Quiero llegar a la cumbre del amor hasta la muerte" (p. 232). El dardo que hirió el corazón de Teresa le dio valor para afrontar todos los trabajos y pruebas de la vida (cf. p. 245).

Celebramos con gratitud los cien años del nacimiento de D. Marcelo. ¡Que Dios le premie su vida entregada y fecunda!

**HOMILÍA SR. ARZOBISPO DE VALLADOLID
Y PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL
ESPAÑOLA, CARDENAL D. RICARDO
BLÁZQUEZ PÉREZ⁴**

Querido Señor Obispo de Santander, amigo Manuel, queridos hermanos presbíteros, hermanos y hermanas todos:

Estamos celebrando la Eucaristía en este lugar particularmente santo y, además, celebramos la Eucaristía recordando que hoy hace 100 años nació Don Marcelo en Villanubla. Decir Don Marcelo basta. Para los que tuvimos la oportunidad de conocerlo, unas veces a través de los medios de comunicación social y otras veces por el trato directo, tenemos la impronta de su personalidad y podemos decir que era todo un caballero, en todos los órdenes. Los medios de comunicación simplificaron excesivamente algunas cosas y olvidaron o no captaron la riqueza que el contacto cercano nos ha permitido descubrir. Precisamente en este templo, en el Santuario, que entonces todavía no había sido declarado Basílica, recibió la ordenación sacerdotal el día 29 de junio de 1941. El que hoy hayamos dedicado este tiempo a la memoria de don Marcelo, antes recordándolo en la conferencia tan culta de don Javier y ahora en la Eucaristía, expresa nuestra gratitud hacia alguien que formó parte de nuestra Diócesis y también de nuestro presbiterio. Una persona con la cual todos nosotros, seamos más conscientes o menos conscientes de ello, hemos contraído una deuda impagable.

Pero antes de decir otras palabras sobre don Marcelo, quiero subrayar de la primera lectura lo siguiente: el profeta Samuel viene a actuar en la consagración de David como ministro de la elección de Dios. En la lectura bíblica hemos escuchado cómo de antemano quedaba descartado aquel a quien el Señor realmente había elegido. Todos nosotros, queridos hermanos, hemos recibido una llamada, una elección del Señor; hemos sido invitados a su se-

⁴ Homilía pronunciada en la Basílica Santuario de la Gran Promesa por el Emmo. Sr. Cardenal Ricardo Blázquez Pérez, Arzobispo de Valladolid y Presidente la Conferencia Episcopal Española el 16 de enero de 2018.

guimiento; desarrollamos las vocaciones con sus diversas tareas en medio de la Iglesia y de la sociedad porque el Señor lo ha querido. La palabra “querer” aquí significa dos cosas: el Señor libremente nos ha llamado y el Señor nos llevaba en el corazón. Los hombres fácilmente nos fijamos en las apariencias y por eso tenemos la tentación de descartar, pero Dios mira el corazón. ¡Bendigamos al Señor! Porque el Señor, inmerecidamente por nuestra parte, (ninguno de nosotros hemos hecho méritos para ser llamados), ha pasado a nuestro lado y nos ha dicho: *“Vente conmigo, quiero que seas mi discípulo, quiero que participes en los trabajos apostólicos en la Iglesia a favor del Reino de Dios y también de la humanidad”*. Él lo ha querido en su libertad soberana y también en su amor insospechado, entrañable. Los hombres vemos las apariencias, Dios ve el corazón.

Demos gracias al Señor porque también nosotros hemos sido llamados como un día fue llamado don Marcelo. Yo conocí a don Marcelo más bien un poco tarde, no por los medios de comunicación, que eso fue pronto, sino personalmente cuando fui Obispo de Palencia y él venía a Fuentes de Nava (aquí tenemos al Sr. Obispo de Santander, hijo ilustre de ese gran pueblo y también a D. Joaquín, que fue muchos años párroco de Fuentes de Nava). Lo conocí, sobre todo, cuando venía a pasar un tiempo de descanso en verano a Fuentes de Nava, donde había nacido su madre y donde una familia de Barcelona había construido una casa para su hermana Angelita y para él. Entonces los conocí muy de cerca.

Y un detalle que nunca había comunicado, pero me parece que esta tarde en este ambiente de confidencialidad, de gratitud, también quiero recordar. Cuando yo comencé el ministerio episcopal en Bilbao, durante la Eucaristía llegaban a la catedral muchos ruidos que procedían de la plaza de Santiago, que así se llama; en algún momento de aquella celebración se acercó don Marcelo y me dijo: *“Adelante va resultando todo muy bien, no tengas miedo”*. Siempre recibí de don Marcelo el afecto, el apoyo, la cercanía. Pude estar también el día de su funeral en Toledo. Fui con varios sacerdotes de la diócesis de Ávila, mi Diócesis de origen, que estábamos pasando unos días, a finales del mes de agosto en Arenas de San Pedro, y desde allí nos trasladamos a Toledo. Pero estos detalles pueden ser considerados o muy personales o muy exteriores.

Don Marcelo formó parte, y parte relevante, de una generación de obispos que tuvieron que hacer muchas transiciones. Cuando lo vemos a distancia, podemos pensar que era lo obvio; desde el punto de vista temporal

era lo que les tocaba. Tuvieron que hacer la transición conciliar. Don Marcelo estuvo los cuatro periodos del Concilio, tomó parte en ellos. Ahora, de aquellos obispos españoles, sólo vive uno que haya participado en el Concilio, y lo hizo en el último periodo conciliar, Don Gabino, el Arzobispo emérito de Oviedo.

Don Marcelo participó en los cuatro periodos conciliares y la incorporación de la doctrina del Concilio a nuestra Iglesia y la recepción de lo que hizo y significó no fue tarea fácil, ni mucho menos.

Cuando se ve la reseña o se escucha cómo fueron las pruebas que tuvieron que superar, yo tengo que reconocer que me siento particularmente agradecido a aquella generación. Fue la generación primera que hizo la aplicación del Concilio a nuestras diócesis y, además, con prontitud y fidelidad. El día de la clausura del último periodo conciliar ya los obispos españoles dirigieron una carta a todos nosotros, los fieles de España, anunciando que enseguida se iba a crear la Conferencia Episcopal y, efectivamente, tres meses más tarde se creó. Esta tarde, en la conferencia que acabamos de escuchar, ha aparecido el nombre de don Fernando Quiroga, que, siendo canónigo aquí en Valladolid, fue nombrado Obispo de Mondoñedo-Ferrol, como también en su día don Manuel, aquí presente, después fue Arzobispo de Santiago de Compostela y, cuando fue constituida la Conferencia Episcopal Española, el año 1966, fue elegido primer presidente. Los obispos de aquellos años tuvieron que hacer un esfuerzo muy delicado para la aplicación del Concilio en nuestras Diócesis y al mismo tiempo participaron en la transición no sólo política, también cultural y social de España, en aquellos tiempos. Es una generación de obispos que merecen nuestra gratitud por el trabajo que hicieron y también por las penalidades que tuvieron que soportar; cumplieron su misión con dedicación y fundamentalmente bien. Sólo Dios acierta siempre y los demás algunas veces acertamos y otras veces no, los obispos de aquellos años lo hicieron básicamente bien.

Estas personas son un eslabón vivo del servicio episcopal, en sucesión ininterrumpida, a nuestras diócesis en España. Don Marcelo pasó unos años muy complicados en Barcelona. Los que ya tenemos la ventaja de una cierta edad lo sabemos por los medios de comunicación social. El papa Pablo VI, escuchando a don Marcelo en el Concilio, en el que tuvo varias intervenciones, que merecen ser recogidas y publicadas como tales, quedó sorprendido por la personalidad de don Marcelo, de modo que cuando llegó la oportuni-

dad de nombrar el obispo que asumiera la responsabilidad en el servicio pastoral de la diócesis de Barcelona, (todavía no se había dividido en tres diócesis), el papa Pablo VI pensó justamente en don Marcelo. Considerando la complejidad de la situación que le tocó vivir, podemos comprender el sufrimiento que tuvo que soportar los cinco años y medio que fue Arzobispo de Barcelona. A mí me sorprendió la dureza con que fue recibido y cómo se mantuvo firme hasta el final, sin ningún momento de flexión. Don Marcelo después en Toledo, ya pudo desarrollar de una manera muy generosa sus dotes de buen pastor.

Siempre llamaba la atención en don Marcelo su predicación. Incluso cuando se leen los textos escritos por él, si le hemos escuchado varias veces predicar, fácilmente ponemos entre líneas hasta la entonación que daba a sus palabras. Un hombre de una oratoria solemne, de una riqueza de castellano clásico, con la capacidad de suscitar la atención y de mantenerla siempre, con una armonía entre la forma de decir y el contenido que exponía, que resulta admirable. A mí siempre me resultó, repito, admirable. Yo lo escuché bastantes veces en Ávila en la fiesta de la Transverberación de Santa Teresa de Jesús, donde él predicó nada menos que 27 años. El que fue capellán del Monasterio de la Encarnación de Ávila hasta hace pocos años tuvo el acierto de publicar estas veintisiete intervenciones que se pueden encontrar y se pueden leer. Era don Marcelo un hombre dotado con dotes especiales para la palabra pronunciada en la predicación, como, por ejemplo, el Papa emérito Benedicto XVI es un hombre especialmente dotado para la palabra escrita. Don Marcelo predicaba suscitando admiración. Os he oído a vosotros y a otras personas, cómo los domingos iban a escuchar a la Catedral a don Marcelo muchos, que a lo mejor llegaban cuando Don Marcelo empezaba a predicar y salían del templo una vez terminada la predicación. Era un espectáculo en el mejor sentido de la palabra, era un acontecimiento espiritual y cultural escucharlo.

A mí personalmente me impresionaron también otros aspectos de don Marcelo. Descubrí cómo don Marcelo tenía hondamente arraigada la solicitud por los pobres y necesitados. Veinte años estuvo encargado en nuestra diócesis de lo que hoy podíamos decir la Delegación de Cáritas. ¡Veinte años! Ya hemos escuchado a Javier cómo él participó en los orígenes de barrios enteros, con la edificación de aquellas viviendas sociales, respondiendo a una necesidad de entonces. La caridad tiene una creatividad en cada momento para poder responder a las necesidades de la situación de las personas. En-

tonces era una necesidad primordial aquello; debemos pensar nosotros cuáles son las necesidades actuales que reclaman nuestra respuesta.

Otro aspecto que don Marcelo pudo desarrollar ampliamente en Toledo, en los muchos años que ejerció allí su ministerio episcopal, es el de las vacaciones sacerdotales. Él llegó a Toledo cuando el seminario diocesano estaba como muchos de nuestros seminarios. Padecía una especie de decaimiento, y él pudo enderezarlo y no sólo enderezarlo, sino elevarlo a una talla, a una altura, a una situación sorprendente. No sólo estaban allí los seminaristas de Toledo; acudieron también de otros muchos lugares. Por ejemplo, de Barcelona fueron bastantes a Toledo. El ambiente era excelente, con una buena formación espiritual y teológica, con una vida serena y ordenada en el seminario, y haciendo partícipes a los presbíteros y diocesanos todos del celo por las vocaciones. Me he preguntado muchas veces: ¿cómo podemos, queridos hermanos presbíteros, animar el celo apostólico, crear una cultura vocacional en nuestras diócesis, en nuestra diócesis de Valladolid, en concreto? Comprendo que hay momentos de abundancia vocacional y momentos de penuria vocacional, que hay factores que no dependen sólo de nosotros, pero mucho sí depende de nosotros.

Don Marcelo no sólo acarició su seminario como a la niña de sus ojos, estuvo siempre cercano, supo buscar y pudo encontrar a las personas para dirigir el Seminario. Por ejemplo, estoy pensando en el que fue Rector nombrado por él, don Estanislao Calvo, que murió pronto; o don Santiago Martínez Acebes, que le sucedió como Rector, y que murió como arzobispo en Burgos. No es extraño que, justamente en ese ambiente formativo del Seminario de Toledo, muchos presbíteros formados allí hayan recibido después la ordenación episcopal. El conjunto de los que pasaron por allí, fueran originarios de Toledo o procedieron de otros lugares, es probablemente el grupo actualmente más numeroso en la Conferencia Episcopal. Los frutos de un ministerio apostólico fecundo, entregado, con inteligencia, con dedicación plena, los estamos recogiendo también ahora.

Queridos hermanos, me alegro mucho de participar en esta celebración. Nuestra diócesis tenía no sólo la satisfacción de hacer memoria de D. Marcelo, también la obligación de hacer memoria de él. Hay personas que nos abren caminos y nos iluminan como una estela en el camino de la vida. Hoy bendecimos a Dios por su persona, su ministerio, su vida. Con gratitud reconocemos lo que hemos recibido a través de su ministerio en nuestra

diócesis de Valladolid y también en las diócesis de España. Pidamos por él y demos gracias al Señor por el regalo que nos hizo con don Marcelo a todos nosotros. de Cáritas Diocesana desde 1941 hasta 1961. Fundó et patronato de San Pedro Regalado para obras sociales; la impronta caritativo-social de la fe le caracterizó siempre. En sintonía con esta veta apostólica fue elegido por los obispos para diversos encargos en la Conferencia Episcopal. Fue un orador excelente, hasta el punto de que muchos iban a escucharle los domingos en la catedral. Armonizó la elocuencia del predicador, el atractivo de la belleza literaria en el decir, la adaptación a la capacidad receptiva de los contenidos por parte de los oyentes que sosegadamente y sin esfuerzo seguían la exposición, la potencia de la voz y los recursos para suscitar y sostener la atención del auditorio. Tuve la oportunidad de escucharte en bastantes ocasiones, sobre todo en Ávila.

Un tercer aspecto de su largo ministerio episcopal es el siguiente: cuando D. Marcelo llegó a Toledo, la situación del seminario era de decaimiento, como muchos en aquellos años. Pues bien, en poco tiempo remontó la debilidad y adquirió un vigor admirable, acertando en la elección de los formadores y acompañando de cerca al Seminario. Pronto la sólida formación teológico-espiritual, la intensa pastoral vocacional que ha continuado los años siguientes, la serenidad en la vida cotidiana de los seminaristas, el entusiasmo por el ministerio sacerdotal, hicieron que de muchos lugares recibiera candidatos el seminario de Toledo. Es comprensible que varios presbíteros formados en aquel Seminario hayan recibido el ministerio episcopal.

Durante muchos años presidió la fiesta de la Transverberación de Santa Teresa de Jesús en el Carmelo de la Encarnación de Ávila. Quien fue capellán del Monasterio desde el año 1966 hasta el final de su ministerio por motivos de enfermedad, D. Nicolás González, tuvo el acierto de reunir en un volumen las 27 homilias pronunciadas por D. Marcelo en esa fiesta celebrada el 26 de agosto (Card. González Martín, *Véante mis ojos. Santa Teresa para los cristianos de hoy*, Edibesa. Madrid, 2003). El libro fue prologado por el Card. Antonio Cañizares, Obispo de Ávila desde el año 1992; más tarde sería sucesor de D. Marcelo en Toledo y continúa presidiendo la fiesta de la Transverberación. Merece la pena leer las homilias, y, si el lector escuchó predicar a D. Marcelo, podrá entre líneas oír el eco de su voz. En cada homilía apreciamos cómo la memoria de Santa Teresa proporciona luz para enfocar la vida cristiana, la situación de la Iglesia y otros acontecimientos de la sociedad.

¿En qué consistió y qué significa la Transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús? En "El Libro de la vida" (29, 13) narra la visión de un ángel con un dardo de fuego atravesándote el corazón; es una visión de orden espiritual. La gracia del dardo aconteció por primera vez hacia el año 1560. "Me dejaba toda abrasada en el amor de Dios". En el retablo de la capilla de la Transverberación se encuentra un cuadro que es copia del grupo escultórico de L. Bernini "Éxtasis de Santa Teresa", que se encuentra en la iglesia de santa María della Vittoria en Roma, de patetismo barroco e intensidad dramática. Esta representación de santa Teresa aparece también en la basílica subterránea de Lourdes. ¿Por qué no poner mejor para recordar a santa Teresa en el santuario mariano el retrato auténtico pintado por Fr. Juan de la Miseria, en lugar del cuadro de gran teatralidad imaginativa del Bernini? En todo caso en la iglesia del convento de la Encarnación hay una capilla denominada de la Transverberación; es un hecho de carácter místico que experimentó la Santa varias veces y que recuerda en diversos escritos.

El dardo viene de Dios por un ángel; no es producto de su imaginación. Le causa al mismo tiempo "dolor grandísimo", y "suavidad excesiva". Este "episodio cumbre" significa que la presencia de Cristo se ha unificado, concentrado y desbordado" en la experiencia intensa del amor de Teresa (T. Álvarez). Desea morir para ver al Señor y gozar eternamente de su presencia. El amor se le convierte en surtidor de deseos que la distancia en su pleno cumplimiento hace inefablemente doloroso.

Con frecuencia D. Marcelo lo recuerda: "ya es tiempo de verte, mi Amado" (p. 163). "El Señor se deja adorar por los hombres que le aman" (p. 226). "Quiero llegar a la cumbre del amor hasta la muerte" (p. 232). El dardo que hirió el corazón de Teresa le dio valor para afrontar todos los trabajos y pruebas de la vida (cf. p. 245).

Celebramos con gratitud los cien años del nacimiento de D Marcelo.
¡Que Dios le premie su vida entregada y fecunda!

DESDE VALLADOLID... EN EL CENTENARIO DE DON MARCELO GONZÁLEZ⁵



D. Francisco Javier Burrieza Sánchez durante su conferencia junto al Sr. Cardenal Arzobispo de Valladolid, D. Ricardo Blázquez Pérez.

En el Sermón de las Siete Palabras (1991)

“Hace ya 43 años que yo predicaba este Sermón, en este mismo lugar. Algunas veces me habéis pedido que volviera pero no me fue posible porque el obispo ha de estar presente estos días en su Catedral. Ahora sí que he podido hacerlo por la ayuda que me ofrece mi obispo auxiliar y vengo aquí con mucho gusto, porque este acto evoca en mí recuerdos que nunca se han borrado del todo y además me hace percibir el obsequio de vuestra atención religiosa que no se ha extinguido, esa atención religiosa manifestativa de valores que deben conservarse a todo trance.”

⁵ Conferencia de Don Francisco Javier Burrieza Sánchez, profesor de la Universidad de Valladolid, en el Centro de Espiritualidad de Valladolid el 16 de enero de 2018.

Todo ha ido cambiando mucho. Ya no podemos movernos por las calles de esta vieja ciudad como lo hacíamos antaño cuando, en un pequeño paseo se abarcaba toda ella y casi casi nos conocíamos todos. Hoy ya no es así. Y para las personas de mi edad, creo que se puede decir que ya son más los que nos esperan con sus despojos en el cementerio y con su alma en la eternidad, más que aquellos a quienes podemos encontrar en estas calles para intercambiar el saludo caluroso de una amistad renovada. Hay algo, sin embargo, que no cambia y es el espíritu del hombre y como tampoco cambian las palabras de Dios: “el cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán”.

Yo subo hoy a este púlpito casi en actitud de oración porque todo el contenido de lo que yo pueda decir es eso, como el eco o la transcripción de una actitud oracional que mantenemos hoy todos al pie de Cristo crucificado. Si, por los que ya no están con nosotros y por todos cuantos estáis aquí, yo hago esta oración introductoria [...] “Señor y Dios nuestro que das a los justos el premio que corresponde a sus méritos y a los pecadores que hacen penitencia les concedes tu perdón; concédenos a nosotros que por la humilde confesión de nuestras culpas podamos tener también tu gracia, tu paz y tu perdón”. Tu perdón Señor porque esto es lo primero que quisiste darnos desde la cruz en que te habían puesto, no ya un sector del pueblo judío, sino los hombres de todos los tiempos y de todas las culturas, todos los hombres para cuya redención tú viniste al mundo, predicaste el Evangelio y subiste a la cruz”.

Era la vuelta de don Marcelo González Martín al púlpito de su ciudad, no ya en las naves de su Catedral como canónigo, sino en el púlpito por antonomasia de Valladolid, el de la Plaza Mayor en la mañana del Viernes Santo, en el Sermón de las Siete Palabras que predicó en 1991 pero que también lo había realizado cuarenta y tres años atrás, en 1948, cuando era el célebre sacerdote, canónigo, apóstol de distintas obras sociales en medio de unas circunstancias sociales, económicas, también políticas y eclesiales adversas, en los días de los arzobispos Antonio García y García y José García y Goldáraz, prelado este último que llegó en 1953.

El Valladolid de los cardenales

Este Valladolid que se une a la celebración del primer centenario del nacimiento del cardenal Marcelo González Martín, sucedido en aquella cercana Villanubla que entonces no tenía aeropuerto alguno, un 16 de enero de 1918, festividad precisamente de san Marcelo, Papa de los primeros siglos, diferente a aquel soldado romano, mártir cristiano, patrono de León, plasmado

en la gubia de Gregorio Fernández para aquella ciudad, cuyo camino –hacia León– desde Valladolid y antes de pasar por Medina de Rioseco, se iniciaba precisamente en Villanubla.

Este Valladolid de los cardenales, tan escasos en la Iglesia católica española de los siglos pasados a pesar de su importante papel –el de la Iglesia en el conjunto de la catolicidad y con aquella Monarquía–, pero que sin embargo estuvieron vinculados a la villa del Esgueva primero y a la ciudad de Valladolid después. Recordemos, al menos, desde el siglo XV al cardenal dominico Juan de Torquemada, extraordinario reformador de la Orden de Predicadores e impulsor de este convento de San Pablo –y al que no hay que confundir con su sobrino el inquisidor fray Tomás de Torquemada–; o al cardenal Pedro González de Mendoza, primado de España, obispo de Sigüenza pero que también fue abad de la colegiata de Valladolid –una institución todavía tan mal conocida– y sobre todo alma mater en la construcción del gran Colegio Mayor de Santa Cruz, que terminó convirtiéndose en el primer edificio renacentista de España. O el cardenal Adriano de Utrecht, preceptor y maestro del que habría de ser emperador don Carlos, regente de Castilla a pesar de la advertencia de las Cortes contra los extranjeros flamencos que ocupaban el poder y que huyó de Valladolid tras el incendio de Medina del Campo en 1520 por las tropas realistas en plena guerra de las Comunidades. Aquel Adriano de Utrecht, obispo de Tortosa y que había recibido el capelo cardinalicio en Valladolid, en San Pablo, fue elegido Papa sin asistir al cónclave y fue el último pontífice no italiano hasta 1978. Intentó ser el hombre de la reforma, de la reforma de la Curia pero su vida fue corta, no sabemos si intencionadamente. O el cardenal Juan de Tavera, que siendo arzobispo de Toledo, vivía en Valladolid, gobernando aquella Monarquía en compañía de la emperatriz Isabel de Portugal y en ausencia del emperador Carlos V. O el cardenal-duque de Lerma, valido de Felipe III, que para no “morir ahorcado se vistió de colorado” y que moró como sombra errante, por estos palacios y calles, en su exilio después de haberlo sido todo hasta 1618. Aquí fue recibido por los miembros del cabildo de la Catedral y hasta los canónigos ofrecieron en 1625 esta Iglesia mayor en construcción para su enterramiento. No ocurrió así porque Lerma era patrono de la capilla mayor del convento de San Pablo. Y por no ser más prolijo en el tiempo, vengamos a los cardenales Juan Ignacio Moreno Maissonave, Antonio María Cascajares y Azara, José María de Cos y Macho o Ricardo Blázquez Pérez, todos ellos arzobispos de Valladolid en cuatro momentos históricos diferentes; sin olvidar a otros que fueron na-

turales de tierras de Fuensaldaña como el cardenal Agustín Parrado, obispo de Palencia y arzobispo de Granada; adoptivos en sus ministerios como el futuro cardenal Pedro Segura (obispo auxiliar de Valladolid) o Fernando Quiroga Palacios (canónigo de Valladolid antes de ser obispo de Mondoñedo, arzobispo de Santiago y primer presidente de la Conferencia Episcopal) y finalmente, cardenales que habían salido de estas tierras para ser obispos, después de haber nacido en sus pueblos, haber estudiado en el seminario entonces Universidad Pontificia y con el tiempo fueron creados como tales. Es el caso de Marcelo González Martín que nos ocupa, protagonista de la Iglesia vallisoletana de posguerra hasta que en 1961 se convirtió en obispo de Astorga, consagrado como tal en la Catedral de Valladolid, la última ceremonia litúrgica de estas características en este templo metropolitano hasta junio de 2016 cuando fue ordenado el actual obispo auxiliar, Luis Argüello –entre medias hubo otras ordenaciones episcopales en la iglesia del Seminario de los agustinos-filipinos–. Ya lo había escrito el gran y recordado periodista y escritor Francisco Javier Martín Abril antes que emprendiese dificultosos caminos hacia Astorga, Barcelona o Toledo: *“este hombre joven y fuerte, este sacerdote alegremente apostólico consiguió meterse en la entraña de esta ciudad vieja y difícil que es Valladolid. Ahora se nos va pero proseguirán sus obras”* ¿Qué obras habían sido éstas que le precedían en la fama y que conducían a que los vallisoletanos, tan parcos al recibir y tan prestos al despedir, se llenasen de pena al verle hecho un obispo?

Don Marcelo, una figura de mayor trascendencia

Advierto que en estas palabras he contado con la inestimable ayuda de Santiago Calvo, su fiel secretario durante cuarenta y tres años y que está dedicado, desde la diócesis de Toledo, desde su Catedral Primada de la que fue deán, a ordenar el archivo de don Marcelo González para que los historiadores podamos profundizar en una figura que cada vez gana una perspectiva más adecuada a su retrato real e histórico. Está necesitada esta figura de una biografía contrastada. Sin embargo, nosotros nos vamos a centrar en sus años vallisoletanos, singulares, apasionantes, difíciles pues toda la trayectoria del cardenal careció de atajos, en una circunstancia histórica repleta de situaciones comprometidas, ya fuese la posguerra, ya fuese el inicio de una vida episcopal, su ministerio como arzobispo coadjutor en Barcelona, su llegada a Toledo, el final de la dictadura franquista, la transición, la transformación de la vida de la Iglesia conciliar en una sociedad secularizada y plural pero también

el cambio y la preocupación por la formación sacerdotal cuyos frutos ya vienen siendo recogidos desde hace años en la archidiócesis primada, gobernada hoy por nuestro anterior arzobispo Braulio Rodríguez Plaza.

Vida familiar en Villanubla

Nació a doce kilómetros de Valladolid, distancia que separa la capital de esta villa que en siglos anteriores formó parte de su regimiento. Decíamos antes que estamos aquí un 16 de enero porque así ocurrió hace cien años, en virtud del testimonio de su madre Constanza Martín Quijada, cuando recordaba que al mediodía de aquel día, cuando el pueblo estaba nevado por la precipitación que había caído el día anterior, había nacido su segundo hijo. Así lo confirma el registro civil del Ayuntamiento aunque, como explicará su secretario Santiago Calvo, las fechas de la partida de bautismo son diferentes. La depositada en la parroquia indicaba que nació el 10 de enero, mientras que la custodiada en su expediente del Seminario afirma que el 18. Sin embargo, en esta ocasión prevalece el testimonio de la madre y el día en que don Marcelo, casi sin conocer y preocuparse por lo referenciado en los otros archivos, celebraba su cumpleaños y, como hemos dicho, su santo. Además una hermana de su progenitor, ya fallecida entonces, se llamaba Marcela González.

Efectivamente, su padre, Minervino González Lobo, era un comerciante o menestral que necesitaba de la ciudad para su economía –vendía ganado y aves criados en su pueblo– y dar de comer a sus dos hijos, nacidos de su matrimonio con una muchacha de Fuentes de Nava, la mencionada Constanza Martín. Recogían leche de los caseríos que se encontraban alrededor de Villanubla para luego vender los quesos que con ella realizaban. Los padres se habían conocido en Valladolid, cuando la madre servía en casa de un abogado de la calle de San Martín. Y precisamente, en la parroquia de San Martín se casaron Minervino y Constanza. Nació primero una hija bautizaron con el nombre de Ángela y después llegó Marcelo. Sin embargo, la alegría en aquel complicado año de 1918 de su hijo varón se tornó pronto en tristeza porque una lluvia inoportuna, en días de gripe española y con ausencia de antibióticos condujeron al final de la vida del padre de aquel niño recién nacido. Su padre solamente pudo contemplar los dos primeros meses de su vida. Su madre, en compañía de familiares, vecinos y amigos pudo sacar a sus dos hijos adelante con la continuada venta de los quesos y requesones, elaborados con esa leche que compraban. Sacó adelante a sus hijos, cuidó Constanza a su suegro y al mismo tiempo a su madre.

La relación de la familia con la ciudad era constante. Venían por ejemplo a visitar a tres tías suyas que eran monjas cistercienses en las Huelgas Reales. Una de ellas era tía de su madre y las otras dos eran hermanas de su madre, entre las que se encontraba la madre Sagrario que llegó a ser abadesa del histórico Monasterio. Muchas veces le decían al pequeño Marcelo que podía ser sacerdote y éste se cansaba de tanta insistencia e incluso respondía con contundencia. Hasta que llegó el día que fue él, el que lo indicó. Quería ser cura, después de haber sido el habitual monaguillo que había recibido la primera comunión en aquella parroquia de la Asunción donde había sido bautizado en Villanubla. Sacerdote para predicar, aquello que ya realizaba a los compañeros del colegio de primeras letras e incluso a los pucheros de su madre que parecían tener entendimiento cuando le escuchaban. Dios de nuevo estaba entre los pucheros.

Aquel niño Marcelo, deseaba ser cura y que tuvo que salir de su casa para estudiar latín y filosofía en el seminario diocesano de Valladolid, entonces establecido en la calle Sanz y Forés, en el ámbito urbano donde hoy se levanta desde hace más de cuarenta años el Hospital Clínico Universitario. Un seminario que en aquellos momentos, en los días del arzobispo Remigio Gandásegui y Gorrochátegui era una Universidad Pontificia. Aconsejado por el canónigo Ildefonso Rodríguez Villar, el joven seminarista se trasladó a la Universidad Pontificia de Comillas, acompañado de su condiscípulo Modesto Herrero, que habría de ser con los años vicario general de la diócesis de Valladolid. No fueron años fáciles pues con la disolución de los jesuitas en 1932, la mencionada Universidad sufrió diversas vicisitudes y traslados, incluso su traslado al balneario gallego de Mondariz. Los estudios los concluyó con 22 años en Comillas. Todavía no podía ordenarse. Sus notas habían sido brillantísimas y se había ocupado en la realización de una tesina que había sido dirigida por el jesuita Severino González, considerada “casi una tesis doctoral” por su dimensión y madurez de análisis. Por ello, fue publicada en la Universidad de Comillas en 1942. Los profesores, y especialmente su director, le animaron para poder continuar y llegar en poco tiempo a ser doctor en Teología, con tan solo 23 años. Sin embargo, debía proponérselo a su arzobispo, el mencionado Antonio García. El prelado no le autorizó a continuar esta trayectoria. Lo necesitaba en la diócesis, como profesor de latín de primero para los seminaristas. Le prometió que más adelante emprendería de nuevo el camino del doctorado aunque en aquellos momentos estaba muy cerca. No

supo el arzobispo apostar por la formación de un buen intelectual y optó por las necesidades más inmediatas. No solo le prometió una futura tesis doctoral sino también una formación en derecho canónico y derecho civil, dada la reconocida facilidad de palabra de aquel joven teólogo, ya sacerdote porque se había ordenado en 1941. Marcelo González no prestó atención a aquellos que afirmaron que el arzobispo había cometido con él una “injusticia”, que le había “cortado una carrera brillante”. Obedeció, volvió al seminario del que había salido para estudiar en Comillas, fue profesor de latín y formador auxiliar de los niños, de los muchos niños del seminario menor.

Efectivamente, se había ordenado en el Santuario Nacional el 29 de junio de 1941, en el que podríamos denominar el centro espiritual más importante de Valladolid en tiempo de Antonio García, la prioridad del arzobispo y hasta la obsesión del prelado hacia este templo, tal y como lo ha definido recientemente Jesús María Palomares en el estudio que ha realizado sobre la revista y órgano portavoz del mismo, titulado “Reinaré en España”. Fue el primero sacerdote allí ordenado, junto con el fraile agustino padre Rubio, pues el templo había sido consagrado el 15 de junio pasado (El Norte de Castilla 17 junio 1941) e inaugurado unos días después, el 20, con la asistencia del nuncio de Pío XII y del ministro de Justicia en representación de Franco, además de catorce prelados (El Norte de Castilla 21 junio 1941). En los años siguientes, varios gestos probarán esta prioridad. Un año y medio después de la ordenación de Marcelo González, el Santuario fue el lugar elegido para culminar la obra fundacional de su buen amigo, el sacerdote operario Pedro Ruiz de los Paños –asesinado en el Toledo de 1936 y hoy beatificado–. Fue el 21 de diciembre de 1942 –se han cumplido setenta y cinco años– cuando las once primeras Discípulas de Jesús profesaron en este templo ante la presencia del mencionado arzobispo García y García. Y, de nuevo, en 1946, el canónigo lectoral del cabildo catedralicio, Fernando Quiroga Palacios era consagrado obispo en este Santuario, después de que hubiese sido preconizado para la diócesis de Mondoñedo. Los años, como veremos, prometían una promoción más que importante de este profesor de griego del seminario, muy vinculado con don Marcelo, no solo en la Catedral y en el seminario sino también en Acción Católica.

El joven Marcelo González, regresando a los primeros años cuarenta, se convertía en capellán del convento de las monjas dominicas de Santa Catalina hasta 1944, acudía a la parroquia de Arroyo de la Encomienda –que

entonces podía ser definida como una finca con obreros que asistían a aquella iglesia histórica los días festivos y de precepto—. Ya en 1944 era nombrado capellán del colegio de las madres teresianas del padre Enrique de Ossó. Por eso, vivía entonces en la actual calle del Doctor Cazalla, entonces llamada Héroes de Teruel.

En aquella diócesis, todavía pequeña geográficamente —la reforma con la coincidencia de los límites provinciales no se produjo hasta 1955— era ya conocido Marcelo González por ser un predicador “elocuente”, un prestigioso “orador sagrado”. Ya se comentaba acerca de ese sacerdote de veinticinco o veintiséis años en los periódicos, porque además él escribía en los tres que existían en la ciudad —El Norte de Castilla, Diario Regional y Libertad—, sin olvidar sus artículos en revistas de la Iglesia que abarcaban el ámbito nacional.

La llamada de Acción Católica

Al año siguiente, en 1944, era nombrado viceconsiliario de Acción Católica, al lado del mencionado canónigo gallego —nacido en Maceda, Orense en 1900—, Fernando Quiroga Palacios, el cual poco le duró por su consagración episcopal. Se abrían nuevas puertas y desde Acción Católica. Marcelo González no pasaba desapercibido en nada de lo que realizaba. Los sacerdotes Zacarías Vizcarra y Ángel Sagarmínaga le propusieron trasladarse a Madrid como viceconsiliario nacional de Acción Católica —él lo era en su diócesis vallisoletana—, y a la Dirección Nacional de Misiones como director de una revista misionera llamada “Catolicismo”, de gran repercusión en su publicación y lectura. Sagarmínaga (1890-1968) era vizcaíno, había estudiado en Comillas, desde 1926 fue Director de Obras Misionales Pontificias —lo que conocemos como el Domund— y más tarde Director de la Unión Misional del Clero, además de organizador de las campañas de propagación de la fe por espacio de cuarenta años con una fecundísima labor. Como director de las Obras Misionales, participó como asesor religioso en largometrajes españoles rodados durante el franquismo como “La Mies es Mucha”, “Misión Blanca” y “Sor Intrépida”. Era, por tanto, un sacerdote de proyección.

Marcelo González se ilusionó de nuevo con la propuesta pero tenía que consultárselo a su arzobispo. No podía obrar por su cuenta. De nuevo, Antonio García le cortó el paso. Se alegraba enormemente que dos sacerdotes de prestigio nacional se hubiese fijado en su joven sacerdote de veintiocho años pero no podía prescindir de él en la diócesis de Valladolid. Si antes

le había prometido los estudios en los dos derechos, ahora el arzobispo lo hacía con la oposición de una canonjía en la Catedral. Tenía que retenerlo en Valladolid. Nueva obediencia aunque le costó mucho renunciar a lo que le habían propuesto, encargos para los cuales se sentía válido. Preparó las oposiciones a la canonjía y éstas se celebraron en julio de 1947 con un resultado brillantísimo por su parte.

En el Cabildo de la Catedral y en la Universidad

Vale la pena señalar la importancia de un cabildo de una Catedral y de ser canónigo, un papel que quizás hoy en la Iglesia, desgraciadamente no se valora y no se entiende y mucho menos en nuestra sociedad. Era un clero realmente preparado, que había tenido que hacer frente durante siglos a importantes ejercicios de oposición para ocupar una canonjía y más si ésta era de oficio. Un clero también más independiente pues podía presentar cierta capacidad de criterio, no condicionado por una futura promoción como lo estaba el cura párroco, más sometido y atado en sus opiniones a las propias de un obispo.

Dos “dieces” calificaron los ejercicios necesarios, el segundo de ellos el sermón con el siguiente añadido por parte del tribunal: “por unanimidad hace constar que el sermón en forma homilética de Don Marcelo González Martín ha sobrepasado, considerado en relación con los sermones de los otros dos opositores, muy considerablemente, y, no teniendo puntos con qué expresar esta diferencia, lo hace constar a los efectos que procedan”. Se había producido su entrada en uno de los ámbitos en el que los vallisoletanos le iban a conocer: desde el púlpito de la Catedral. En realidad, en aquel Cabildo Catedral se celebraron dos oposiciones seguidas que volvieron a unir a sus ganadores: la mencionada de Marcelo González para una canonjía simple y la de Modesto Herrero, como maestro de ceremonias. Los otros dos opositores que compitieron con el joven sacerdote de Villanubla: David Sánchez del Caño –el posterior párroco de San Lorenzo– y Alejandro Jiménez –que falleció muy pronto y que fue capellán del Colegio de Lourdes–.

En realidad, su vinculación a la Iglesia mayor de Valladolid podía parecer evitar su salida hacia otras diócesis como le propusieron otros obispos. En el seminario continuó su docencia, con la asignatura posterior de Teología dogmática y Teología fundamental. En la Universidad civil, don Marcelo dio clases de religión, que era considerada como una de las Marías, y nunca mejor

dicho, pero sin embargo el efecto fue todo lo contrario. Él indicó que aquellos que desearan una nota superior al aprobado estaban obligados a ir a clase. Consiguió motivar a tantos alumnos que logró trasladar las clases al aula magna porque el número de los asistentes era mayor que los propios que acudían a Derecho Civil. Como dijimos Fernando Quiroga fue nombrado primero obispo de Mondoñedo y después arzobispo de Santiago. Aquel había sido el consiliario de una Acción Católica de la que se responsabilizó después él. Sus obras de aquellos momentos fueron la propia casa de esta institución, la sede de Caritas Diocesana, el Cine Cervantes, el Colegio Mayor San Juan Evangelista y el Centro Cultural Vallisoletano, establecido precisamente donde se encuentra la calle “Arzobispo González Martín”, entonces encomendado a los hombres de Acción Católica y después dirigido por los hermanos maristas. Sin embargo, las acciones de este canónigo fueron especialmente dos: su dedicación a la predicación y las obras sociales que promovió en dos barrios, el de España y el de San Pedro Regalado.

El gran predicador

Recordemos como el arzobispo Antonio García elogió su capacidad de palabra, que hubiese sido muy adecuada para el estudio en ambos derechos. En el escenario de la Catedral, en aquella liturgia antigua, sus sermones eran un foco de atracción de todo Valladolid, en sus consideraciones sociales y profesionales más diversas. Era la misa de una y del sermón que estaba incluida en el transcurso de una misa. Aquellos sermones le convirtieron en la sociedad vallisoletana de posguerra en un sacerdote avanzado y comprometido. La Catedral no fue el único lugar pero sin duda el púlpito más destacado. Mientras habitualmente celebraba la misa el también canónigo Ángel Sánchez con la liturgia romana antigua, los asistentes prestaba atención, no a lo que estaba sucediendo allí sacramentalmente, sino a lo que estaba diciendo el canónigo Marcelo González desde el púlpito. En una reciente carta episcopal, nuestro cardenal-arzobispo evocaba: “armonizó la elocuencia del predicador, el atractivo de la belleza literaria en el decir, la adaptación a la capacidad receptiva de los contenidos por parte de los oyentes que sosegadamente y sin esfuerzo seguían la exposición, la potencia de la voz y los recursos para suscitar y sostener la atención del auditorio” (Carta del cardenal Ricardo Blázquez, “Don Marcelo” con motivo del centenario de su nacimiento).

De gran importancia fue la serie que se celebró en la iglesia de San Benito de los padres carmelitas descalzos, tituladas “Conferencias religioso-so-

ciales". No fueron los únicos los célebres Ejercicios de 1950, sino que ya existieron muy concurridos con anterioridad según informa la revista "Más allá" –la propia de los josefinos–, entre 1948 y 1956. Se celebraban a las ocho de la tarde porque entonces no había misas por la tarde y como veremos tenían un gran eco en los medios de comunicación.

"La realidad –nos referimos concretamente a la asistencia de hombres– superó acaso nuestros sueños. Mil quinientos hombres de todas las clases sociales, de todas las profesiones y de todas las culturas asistieron entusiasmados a estas conferencias. Sabemos de casos de haber interrumpido viajes y de haber acelerado la vuelta de otros por el deseo de no perderse las conferencias.

Se había hecho de ellas una propaganda intensísima. Centenares de carteles para las carteleras oficiales y para los escaparates de las tiendas, muchos millares de octavillas, Prensa y Radio anunciaron copiosamente el acontecimiento. En todas las fábricas de importancia de la ciudad, en todos los grandes centros de oficinas y de trabajo, en la Universidad, en los Colegios de Abogados, Notarios, Arquitectos, en los Cuartos de banderas de todos los Regimientos, por todas partes se distribuyeron octavillas.

¡La esperanza no defraudó a la realidad! El conferenciante, M.I. señor don Marcelo González, Canónigo de nuestra Metropolitana, satisfizo ampliamente los deseos de la muchedumbre con sus conferencias, de una hora de duración, que parecía corta a los concurrentes.

Renunciamos a dar detalles de cada una de las conferencias, porque seríamos interminables. Solamente nos limitaremos a la concreción de su pensamiento, que culminó en la conferencia del último día: Hay que resolver en Valladolid la cuestión social con la construcción popular de casas para los pobres y necesitados y con el logro de un Centro social digno: la Casa Social tan conocida en nuestra ciudad, por ejemplo, para la Juventud Obreras Católica (JOC) que reúne hoy dos mil jóvenes obreros y, si gozara de medios, podría encuadrar a toda la juventud obrera de Valladolid.

La construcción de casas para pobres necesitados y obreros puede lograrse con la aportación gratuita de la técnica y del capital. Un patético llamamiento a los hombres de ambos campos terminó la última conferencia. Reclamó la aportación anual constante de dos mil personas que aportarán todos los años, y de una manera fija mil pesetas cada una y de otras quinientas que

aportarán cinco mil en la misma forma. Esto llevaría a Valladolid a la solución del problema más urgente.

Añadió que era preciso establecer una Escuela de Aprendices, bajo la tutela de la idea católica, y se despidió hasta el año siguiente en que prometió dar cuenta desde el mismo lugar —el púlpito de la iglesia de San Benito, abarrotada de hombres hasta las puertas— de todo lo que se hubiera conseguido durante el año.

Desde este mismo púlpito y este mismo sacerdote, en fiestas también josefinas, comenzó la campaña de caridad que comenzó inmediatamente con la colecta mensual en las iglesias a favor de los necesitados y promete llegar pronto a su culminación con el establecimiento del Secretariado Diocesano de Caridad. La Asociación Josefina se complace de servir de medio y portavoz para campañas religiosas de tamaña trascendencia en el ámbito de Valladolid” (Revista Más Allá, Juventud Josefina, Ecos de la Asociación febrero 1949)

Pero centrémonos en 1950. Unas fechas antes de celebrarse éstas, entre finales de enero y principios de febrero, apareció un hombre muerto en la calle y los facultativos consideraron que la causa del deceso había sido la inanición, es decir, la falta de alimentos. Que esto ocurriese en una sociedad oficialmente católica resultaba llamativo. Aquel fue el punto de arranque, lo que despertó una gran expectación sobre cómo habrían de ser las palabras de Marcelo González. Era un sacerdote de 32 años con una citada experiencia pastoral en Acción Católica. Desde 1948, en ese ámbito de la Iglesia estaban trabajando un grupo de hombre preocupados porque en Valladolid todos los necesitados de vivienda digna así la tuviesen. Fue entonces cuando se creó la Rama de Técnicos de Acción Católica, con la colaboración además de la Juventud Obrera Católica —que disponían entonces de 1800 afiliados y 1200 afiliadas—, sin olvidar la colaboración de la Juventud Josefina de los carmelitas descalzos de San Benito —la Asociación Josefina del padre José Antonio Carrasco o del Niño Jesús— y las Congregaciones Marianas de los jesuitas. Con razón, podíamos decir que Marcelo González estaba reuniendo a la flor y nata del asociacionismo católico del Valladolid de posguerra en los años primeros cincuenta. Una serie, pues, de instituciones que se integraron en el llamado Secretariado Diocesano de Caridad, como después veremos.

Los sermones comenzaron el día 30 de enero de 1950, destinado a los hombres —primero se decía para “hombres solos”, después “para hombres ex-

clusivamente”– tanto universitarios como obreros, procedentes de talleres y de fábricas, padres de familia, además de jóvenes de diversas clases sociales. Si alguien podía pensar en la ausencia de mujeres, en una entrevista publicada en *Diario Regional* (1952) afirmaba que a diferencia de éstas, “los hombres, en su inmensa mayoría, no escuchan la palabra de Dios. Hay que buscarlos y organizar para ellos actos acomodados a su especial condición, a sus preocupaciones, a sus modos de ser y de pensar”.

Don Marcelo no pudo estar ajeno al acontecimiento que habían contemplado hacía unos pocos días. Sus palabras fueron contundentes, dentro del contexto social y político del momento. Por eso, calificando a Valladolid como “ciudad modelo por su religiosidad y cuna de la justicia social del Movimiento Nacional”, se preguntaba repetidamente cómo se podía permitir que un hombre muriese de hambre en la calle: “¿Dónde se ha manifestado la caridad con el prójimo que ha permitido este hecho? ¿Podemos estar tranquilos como cristianos y como españoles permaneciendo impasibles, permitiendo que muera así un hermano nuestro? ¿Y lo estaremos ante tantas necesidades de muchos que carecen de lo más necesario para poder vivir, si nosotros podemos privarnos de algo para ayudarlos, para que no pasen hambre e incluso para que puedan tener una vivienda digna de seres humanos?” Estas fueron palabras del primero de los sermones, transcritas por su secretario Santiago Calvo y que ponían encima de la mesa una serie de temas que resultaban contradictorios, llamativos y hasta escandalosos en una supuesta sociedad nacionalcatólica. Esas contradicciones del sistema en lo social, iban a provocar muchas preguntas que realizarse en una elite de católicos.

Palabras, las del canónigo Marcelo González, que la propia autoridad gubernativa –es decir el gobernador civil– no iban a permitir que se pusiese en duda o se crease un análisis crítico de la realidad del Valladolid de 1950. Por eso, el secretario particular del gobernador estuvo a los pies del púlpito en la segunda de las intervenciones, haciendo taquigrafía de todo lo pronunciado. La información habría de ser remitida al entonces ministro de Trabajo, José Antonio Girón de Velasco. Los rumores empezaron a circular en torno a Marcelo González.

El Norte de Castilla también daba información de todo ello. El 31 de enero (1950) titulaba: “Las conferencias sólo para Hombres en la iglesia de San Benito. Magnífica exposición del primer tema por el canónigo don Marcelo González. Miles de hombres llenaban las amplias naves del templo

de los Padres Carmelitas”. El 1 de febrero seguía informando “Conferencias para hombres en San Benito [...] El aspecto del templo es magnífico. Miles de hombres siguen las enseñanzas de tan docto y elocuente conferenciante”. El 2 de febrero refiriéndose al día anterior: “Las Conferencias para Hombres en San Benito. Aumenta cada día el número de los oyentes. El ilustre conferenciante se va superando en cada tema que desarrolla”. Finalmente, leemos en el periódico del 3 de febrero: “Ayer terminaron las conferencias para hombres en la iglesia de San Benito. Pocas veces se ha visto en Valladolid una concurrencia de hombres tan extraordinaria a actos de esta naturaleza. Con un espíritu profundamente cristiano ha desarrollado el ilustre conferenciante la doctrina social-cristiana del momento”.

¿Estaría siendo vigilado por la policía? ¿Querría detenerlo la autoridad a pesar de su condición de eclesiástico? ¿Eran peligrosos sus sermones? Lo cierto, es que el auditorio se multiplicaba y los rumores habían hecho que también aumentase la conciencia que había de mantener la integridad de don Marcelo. Por eso, grupos de jocosos se ofrecían anónimamente y sin que nadie se lo dijese como custodios de su persona antes de que saliese de casa camino del sermón de San Benito. El trayecto iba a ser corto, desde la entonces calle de Queipo de Llano –hoy llamada Bajada de la Libertad), propiedad de José María Gutiérrez Sempérn frente a la calle de los Tintes–, las de Cantarranas (Macías Picavea) y del Val hasta llegar al templo de los carmelitas. Era considerado pues, como un defensor de los pobres al que no se le podía permitir que callase. El gobernador civil, Juan Alonso Villalobos, jefe provincial que era del Movimiento, llegó a pedir al arzobispo Antonio García que aquel joven canónigo callase en sus sermones acerca de las observaciones y críticas sociales que estaba realizando. Si el arzobispo no ponía fin a esa realidad, él tomaría las medidas oportunas. No era la primera vez que el prelado tenía que defender a don Marcelo y advirtió que todas las palabras que salían por boca de su sacerdote y canónigo de la Catedral tenían su bendición y aprobación: “antes de tocar a Don Marcelo –indicó el arzobispo García y García–, tenían que pasar por encima del Arzobispo de Valladolid, que le defendía como lo que era, un sacerdote ejemplar, muy fiel intérprete de la doctrina social verdadera, y orador sagrado excepcional, honra de la diócesis de Valladolid y de la Iglesia”. El gobernador se dio cuenta de que sus palabras no producían ningún efecto positivo. Continuó informando al ministro Girón –nacido en Herrera de Pisuerga (Palencia) en 1911– y se actuó anónimamente a través del

periódico de la Falange, es decir, de “Libertad” con un artículo que trataba de desprestigiarle con lo que decía y hacía, sin necesidad de mentar su nombre.

En el último de estos sermones, y aconsejado por el también canónigo Alfonso Abia Zurita –que también era de Herrera como Girón y que llegó a ser el tesorero del Cabildo desde 1959–, Marcelo González explicó la razón de sus intervenciones y llamó a la acción social de quienes le estaban escuchando. Los hombres de Acción Católica debían favorecer la construcción de viviendas dignas para las familias necesitadas que llegaban a una ciudad que atraía en su progreso industrial. La palabra de Marcelo González en San Benito de Valladolid le terminó de otorgar la fama de un hombre independiente en la exposición de la doctrina. En una sociedad tan maniquea como era aquella, pronto fue tildado y calificado de una manera o de otra. Ese modo de calificar no era precisamente del gusto del canónigo ¿Qué sucedió con las autoridades después de estos acontecimientos?

Ambos dos se encontraron en Valladolid en la boda de Alfonso Guilarte Zapatero, hijo del catedrático de Derecho Civil Vicente Guilarte, un 11 de febrero de 1950. Don Marcelo estaba invitado a bendecir a aquella unión. El que montó en cólera por lo que estaba sucediendo en Valladolid fue el Ministro de Trabajo, el mencionado Girón de Velasco. Su ciudad de Valladolid se estaba revolucionando. El gobernador, sin embargo, estuvo en la primera lista de donativos para la construcción de las viviendas del barrio de San Pedro Regalado. Poco tiempo después dejó su cargo y se reincorporó a su profesión de notario. Con los años, y en una conferencia, aquel que había sido jefe provincial del Movimiento reconoció que se había equivocado en la gestión de aquella situación y que don Marcelo –por entonces ya era obispo de Astorga– tenía razón: “le hice sufrir y ahora quiero pedirle perdón públicamente”. Don Marcelo, en ese dominio que tenía también de la escena y con el sentimiento y recuerdo de aquellos días respondió: “no le perdono, porque no hay nada que perdonar. Usted cumplió con su deber y yo intenté cumplir con el mío. Y no le doy la mano porque a quien actuó con la caballerosidad con que usted obró entonces, y la elegancia con que lo ha hecho ahora, no le doy la mano, lo que le doy, si usted me lo permite y lo acepta es un abrazo”.

Con aquel ministro de Trabajo tan enfurecido, también se encontró. Por entonces, eran años de prioridades diocesanas en la construcción del Santuario Nacional de la Gran Promesa, con las gestiones del que habría de ser su rector, Emilio Álvarez, muy amigo y cercano a ambos. No era el momen-

to oportuno después de los sermones de San Benito para solicitar a Girón que contribuyese a las mismas: “Don Emilio, se acabaron las ayudas para el Santuario y para cualquier cosa que me pidan para iglesias de Valladolid, hasta que hagan callar a ese canónigo, que creo que llaman Don Marcelo, que ni reconoce el Movimiento Nacional, ni nada de lo que el Gobierno ha venido haciendo estos años. Se presenta, además, como el que resuelve todos los problemas de Valladolid... pues que le ayude él”. Le faltó decir aquello tan propio de los jerarcas del Movimiento cuando la Iglesia católica se salía del cauce establecido en pleno nacionalcatolicismo: “para esto no hemos hecho una guerra”. Emilio Álvarez consiguió que aquel ministro los recibiese un día a los dos.

Sin duda, ocurrió lo que pensaba don Marcelo. La primera media hora de la reunión fue de improperios continuados del ministro para con el canónigo vallisoletano. A juicio ministerial, la actitud de aquellos sermones de San Benito fueron de manifiesta llamada a desobedecer a la autoridad, una autoridad que –como era de prever– hizo amplio catálogo de todos y cada uno de los favores que había hecho por la Iglesia, no solo desde la Falange sino desde el propio Gobierno de Franco durante la guerra y la reconstrucción de la posguerra. Tras haberle dejado exponer su opinión, Marcelo González le fue desmontando cada una de las acusaciones, con el propio texto de los sermones y le pidió que aquellos que le habían hecho llegar estas acusaciones, las mantuviesen delante de los dos. El canónigo González Martín no solamente se defendió delante del ministro sino que también le expuso a lo largo de tres horas de reunión en un caluroso mes de julio de 1950 cuáles eran sus proyectos para los que más los necesitaban. Girón de Velasco echó marcha atrás y aunque no pudo ayudar en las obras del Santuario Nacional en aquellos momentos, le entregó a don Marcelo un donativo de cincuenta mil pesetas para sus obras. No fue el único contacto del canónigo con los años con aquel ministro de Trabajo que se mantenía con la cartera más años de los que eran habituales en los Gobiernos de Franco –entre 1941 y 1957–. Después como arzobispo de Barcelona y gracias a esos contactos pudo salvar a unos jóvenes catalanistas de un Consejo de Guerra y de muchos años de cárcel. Pero aquello sería otra historia que nosotros no podremos abordar.

Canónigo, sermones, denuncia social de una situación que unos no veían y otros no aceptaban y donativos para una obra ¿Cuál eran esas obras de don Marcelo?

Organización del Secretario Diocesano de Caridad

Desde 1946 había venido trabajando en la organización de la caridad que efectuaba la Iglesia diocesana, con la unión de los secretariados parroquiales de Caridad y las obras que venían realizando las Conferencias de San Vicente de Paúl, además de religiosos como carmelitas y jesuitas que eran inspiradores de notables organizaciones juveniles de apostolado. Fue entonces, ese mismo año de 1946 cuando se creó el Secretariado Diocesano de Caridad, la primera obra de Pastoral de conjunto como la ha denominado Santiago Calvo en los recuerdos que ha desgranado a menudo sobre los años de Marcelo González en Valladolid. Un Secretariado Diocesano que fue el precedente de Caritas Diocesana. Así, entre 1946 y 1950, al mencionado Secretariado se unieron, además de lo ya mencionado, el banco de los pobres y servicios de farmacia inspirado por el jesuita padre Laburu; los roperos de caridad, el carnet-hucha infantil; los seguros sociales de las chicas de servicio doméstico; las cocinas de San Vicente de Paúl que, dentro de las Conferencias, se responsabilizaban de gestionar el comedor de caridad del Hospital de Esgueva, así como las obras de las Juventudes Josefinas que ya hemos mencionado inspiradas por el padre José Antonio del Niño Jesús. Al frente de este Secretariado, como presidente, se encontraba Rafael Llorente Federico, hasta su fallecimiento en diciembre de 1953 (15 diciembre), el mismo año en que en Valladolid se estableció el Día de la Caridad.

Como ven ustedes no están saliendo muchos nombres de la Iglesia de los años cuarenta y cincuenta en la ciudad y en la diócesis —debo decirles que estamos necesitados de una nueva historia de la Iglesia diocesana de Valladolid—. Hablábamos de jesuitas como el padre Laburu, de carmelitas que tendrán un amplísimo recorrido como el padre José Antonio, entre los jóvenes “josefinos”, pero también Rafael Llorente, apellidos que suenan mucho porque en 1942 su hermano se había convertido, después de ser una autoridad en la Catequesis, en obispo auxiliar del arzobispo metropolitano de Burgos, Manuel de Castro, que también era vallisoletano: Daniel Llorente, capellán que había sido del Colegio de Lourdes.

En realidad, era años de gran complicación alimenticia y hasta elemental. El mismo seminario también tuvo dificultades para dar de comer a alumnos y profesores. Don Marcelo se comprometió a hacer unas compras, diríamos estratégicas, en su pueblo de Villanubla. Recordemos que estábamos en un momento de racionamiento con cartillas. Le acompañaba al joven

sacerdote que todavía no era canónigo en 1942 el vicerrector del seminario, Eugenio Sánchez. Lograron burlar los controles de inspección de consumos establecidos en las distintas entradas de la ciudad. Precisamente, el jefe de abastos era Rafael Llorente y finalmente éste tuvo que interrogar a ambos sacerdotes por la compra –no estaban realizando ningún contrabando para alimentar al seminario– con ese camión cargado de garbanzos y lentejas. Los sacerdotes no quisieron declarar quienes les habían hecho la venta y tampoco el dueño del transporte que estaban utilizando. De nuevo, el arzobispo Antonio García se hizo cargo de todo ello. Fue en aquellos momentos cuando Pío XII nombró al mencionado hermano de don Rafael, Daniel Llorente como obispo auxiliar de Burgos, suavizándose con ello las presiones del Jefe de Abastos, que suspendió toda investigación sobre aquella compra y transporte. Le había amenazado con la cárcel a don Marcelo, pero cuatro años después éste le pidió que fuese el presidente de aquel secretariado que se había creado. Sin duda, una buena estrategia que descoloca.

La situación de penuria para el seminario continuó. Cuando estudié el destino de la iglesia de la Pasión después de la salida de la cofradía en 1926 y en plena posguerra, decidía a través de la Comisión Permanente Municipal adquirirla, decisión que podía aliviar las economías diocesanas. Sin embargo, la compra tardó en hacerse efectiva lo que provocó cierta tensión. Una de las partidas más importantes era soportar el número elevado de seminaristas, necesitando el arzobispo seguir alimentándolos. De esta manera insistió al entonces alcalde José González Regueral que hiciese efectivo la compra del templo. Éste informó del estado de quiebra en el que se encontraban los Ayuntamientos españoles en 1950, no pudiendo “exprimir” más al contribuyente, a pesar de que los gastos se habían multiplicado por diez: “lo que le pasa a Su Excelencia [a don Antonio García] con el Seminario nos pasa a nosotros, siendo seminaristas 130.000 y el seminario toda la población”. A pesar de eso González Regueral incluyó este asunto entre sus preocupaciones.

Así pues, aquel Valladolid de posguerra, de cartillas de racionamiento, con mil habitantes, con una incipiente industrialización y contemplando una nueva “revolución” de ciertos transportes por ferrocarril –la llegada del Talgo se produjo en aquel año de 1950– se encontraba muy necesitada de viviendas dignas para la población que venía atraída por esos cambios que se van a empezar a apreciar en esa década de los cincuenta. Todavía falta para que llegue el Plan de Estabilización de 1959 y el Polo de Desarrollo a partir de los sesen-

ta. Pero la ciudad cuenta con Nicas y Tafisa y la Seguridad Social inauguraba un hospital de dimensiones considerables: la Residencia Sanitaria Onésimo Redondo, huyendo del carácter benéfico que el concepto “hospital” tenía para aquellas mentalidades. “De las cinco mil viviendas necesarias en esta ciudad –indicaba la Constructora Benéfica de San Pedro Regalado–, más de mil familias viven en bodegas, cuevas, antiguos edificios utilizados para cuadras, garajes, patios cubiertos, habitaciones con derecho a cocina o viviendas míseras, faltas del mínimo espacio y condición que exige la dignidad de cualquier persona humana”. De ahí, que la construcción de viviendas agrupadas en un barrio y que estuviese bajo la advocación urbana de San Pedro Regalado fuese concebido por este sacerdote, ya entonces canónigo, profesor, predicador y joven llamado Marcelo González. Eran los años 1948 y 1949, antes de los mencionados sermones de San Benito, el mismo momento en que predicó por vez primera el Sermón de las Siete Palabras en la Plaza Mayor de Valladolid (1948).

La Obra del Barrio de San Pedro Regalado

Disponía de los hombres de Acción Católica, los mismos seculares que con su propio dinero y antes de que llegase el donativo de Girón de Velasco, compraron un solar en la carretera de Santander, en un espacio previo al Santuario del Carmen Extramuros. Se puso la primera piedra del que había de ser barrio como hemos dicho y después ya se constituyó, a través del protocolo notarial, de la Constructora Benéfica de San Pedro Regalado a la que antes nos hemos referido. Inicialmente, proyectaban 245 viviendas en una primera fase. Las quince primeras pudieron ser entregadas el día de San José de 1952. En este sentido, se adelantaron a la obra sindical que facilitó la construcción posterior de otros barrios como el del Cuatro de Marzo, el de Girón, el de la Rondilla de Santa Teresa, entonces impulsados por el Ministerio de la Vivienda como se puede apreciar en las placas que aparecen todavía en muchas casas. El arzobispo García y García se convirtió en el primer presidente de aquel Patronato que impulsó la construcción de la totalidad del barrio, hasta llegar a la iglesia de San José Obrero, parroquia que fue lo último que se construyó y que se consagró en 1963.

Las casas eran entregadas en pequeños grupos hasta llegar, en un espacio de veinte años y estando ya Marcelo González fuera de Valladolid, a la construcción de setecientas viviendas. No se trataba solamente de vivir bajo un techo, sino también de construir ciudad, ámbito de actuación en el que

entraba la enseñanza. Por eso, también hubo espacio para dos grupos escolares, dos filiales de enseñanza media, una escuela de formación profesional, además de centros culturales para el conjunto de la población. Un barrio que tenía entidad grupal, representada con un himno cuya letra fue escrita por el fundador del mismo y cuya música fue compuesta por otro nombre importante de aquella Iglesia, el maestro de capilla de la Catedral, el burgalés Julián García Blanco (1894-1979), en este año del centenario (1918) del Conservatorio de Valladolid en el que tuvo un importante papel este canónigo. Aquellas casas unifamiliares fueron adecuadamente adjudicadas a través de las convenientes normas.

Naturalmente, no todo fue Marcelo González. Dispuso por ejemplo de la ayuda de un abogado que ya no ejercía profesionalmente, Arturo Moliner, el cual le puso en contacto con empresarios y comerciantes vallisoletanos que pudiesen contribuir a la construcción del Patronato del barrio de San Pedro Regalado. Aunque todavía no se había concluido el edificio de la iglesia, el 25 de julio de 1959 tomaba posesión Pascasio Cuadrillero, el que fue el primer párroco de esta iglesia parroquial que se puso bajo la advocación de San José Obrero. Por entonces, desde 1953, gobernaba la diócesis de Valladolid, a la muerte de Antonio García un nuevo arzobispo vasco, nacido en Hernani, José García Goldaráz, que había sido anteriormente obispo de Orihuela. Él se convirtió también en gran protector del Patronato. Y además, desde 1959, junto a una de las viviendas del barrio se establecieron las misioneras de Jesús, María y José, llegando en 1960 a residir en lo que se conocía como Centro “Emaús”, con el establecimiento incluso de una guardería infantil. También se destacaron estas religiosas en la atención a los enfermos, en el ejercicio de la farmacia.

La Obra del Barrio España

No se detenía Marcelo González en este nuevo barrio que hacía surgir de la compra de una finca sino que también había prestado atención al barrio de España a principios de los años cincuenta. La falta de viviendas dignas le seguía taladrando al canónigo de Villanubla. Y, por eso, lo plasmaba en el púlpito: “adoramos a Cristo como Rey y bien se lo merece –predicaba en aquel Santuario–, porque efectivamente es Rey. Sobre su cabeza ponemos una corona preciosa, porque le pertenece, como Dueño que es del universo. Pero nos olvidamos de que antes de tener sobre su cabeza una corona de oro, le pusieron una corona de espinas. Y ésta corona sigue hoy taladrando sus sie-

nes en muchas ciudades, también en Valladolid. Esa punzante corona de espinas son los barrios que rodean la ciudad, con viviendas indignas y con personas que viven condiciones infrahumanas”. Sin duda, aquellas palabras podían llamar la atención también en la transformación que había experimentado el antiguo templo de San Esteban el Real en Santuario Nacional. Sin duda, ese barrio España continuaba teniendo una filosofía mucho más precipitada que la del nuevo surgido del Patronato y por tanto con mucha mayor escasez.

Tenía, además, una notable mala prensa: “el barrio España –escribía el cronista de la revista “Más allá”– es el escondrijo natural de todos los maleantes de la ciudad, el lugar más a propósito para todas las ocultaciones y el terreno más abonado para múltiples géneros de inmoralidad [...] En las escuelas que en el barrio funcionan, levantadas con su esfuerzo [se refería a Rafael Llorente] tiene lugar la Catequesis para niños-adultos, que desempeñan nuestros muchachos josefinos, Catequesis que sirve a veces para descubrir algún que otro gazapo que no se ha bautizado y los nombres de los padres que se malviven sin las bendiciones de la Iglesia. A todo esto se pone remedio bonitamente gracias a la labor abnegada y a las limosnas de don Rafael de cuyos merecimientos participan nuestros muchachos de la Juventud [Josefina]”.

Primero se llamó “Barrio de la República” para después ser “Barrio España”. Los habitantes de las casas no eran dueños de un terreno que pretendían recuperar sus propietarios. Llegaron a existir ochocientas viviendas ilegales, no dotadas de servicios, con materiales muy endeblés, con las calles intransitables en invierno con el barro mientras que en el verano se encontraban llenas de polvo. No todos habían ocupado aquel terreno con las mismas intenciones. En 1959 se constituyó una cooperativa con el fin de legalizar la propiedad del terreno pero todavía no se había conseguido nada. En ese momento es cuando desde el Patronato de San Pedro Regalado se empezó a actuar. La clave era interesar a las autoridades civiles y hacerles protagonistas de la transformación que aquella situación miserable requería.

Tras la visita que realizó Franco a Valladolid en octubre de 1959, el arzobispo García Goldáraz hizo recuerdo al gobernador civil del Plan que tenían entre manos para el Barrio España. Se pusieron en marcha una serie de reuniones, un total de ocho para la constitución de comisiones de diversa índole, adquisición de la propiedad del terreno por el Patronato Francisco Franco, acción de los apostolados socio-católicos hasta llegar a presentarlo a la sociedad en unas declaraciones a El Norte de Castilla por parte del gobernador

(13 marzo 1960). El periódico se implicó en la campaña y en la transformación e incluso —como informa Marcelo González en sus apuntes— acompañó al entonces director del mismo Miguel Delibes y a su gerente Fernando Altés para hacerle entrega al gobernador de un donativo de cincuenta mil pesetas por parte de aquella empresa. Todas las Caritas, ya fuesen Diocesana o las Párroquiales, fueron implicadas por este canónigo para cooperar en la transformación y “Operación Barrio España” desde marzo de 1960. Así se necesitaba recaudar fondos, se realizaron colectas en los templos y desde Cáritas Diocesana, se llegó a aportar dos millones anuales, con la colaboración posterior del Ayuntamiento. No se trataba únicamente de una transformación urbanística sino también de una labor pastoral de los llamados Cursillos de Cristiandad o de los hombres de Acción Católica. Comenzaban en julio de aquel año las obras de alcantarillado, con voluntarios del propio barrio, con quinientos picos y palas prestadas por el ejército, con el trabajo entusiasmado de unos trescientos hombres. Todo ello genera el interés del arzobispo García Goldáraz, que acudió en septiembre de 1960 a visitar las obras. Se comenzaron, antes de la conclusión del año, las aceras y los bordillos. El montante de las obras realizadas alcanzó el millón novecientas mil pesetas. Próximas habrían de estar las propias de abastecimiento y del colector. Marcelo González en sus intenciones se trasladó a Madrid para entrevistarse con los ministros de Presidencia, Hacienda y Vivienda.

Las gestiones, por tanto, fueron múltiples. Los trabajadores nocturnos debían trabajar con luz durante la noche, mientras que también debían calmar su sed durante los tiempos de calor, tanto con Gasesosas de La Casera como con la Central Lechera. Fueron todas empresas que facilitaron estas prestaciones con plena gratuidad. De esta manera, el 25 de diciembre de 1960 se inauguraba la primera fuente en el Barrio España. Marcelo González había promovido la unidad de fuerzas, tanto civiles, empresariales como de Caridad de la Iglesia.

La llamada del Nuncio

Mientras todo esto ocurría en aquellas Navidades de 1960 en que se daba la bienvenida al año 1961, Marcelo González había recibido unas llamadas e invitaciones que iban a cambiar totalmente su vida. El nuncio de Su Santidad le ofrecía convertirse en obispo de Astorga. En repetidas ocasiones y de diferentes maneras, se resistió el canónigo y sacerdote vallisoletano, pero finalmente tuvo que obedecer. En Valladolid, todos se admiraban de aquel

nombramiento aunque no se sorprendían, se alegraban porque el papa Juan XXIII, en plena preparación de un Concilio convocado en 1959 y que se iba a abrir en octubre de 1962 en su primera sesión, había pensado en su paisano. Sin embargo, se percataban que iban a perder a aquel importante sacerdote. Se hacía pública la decisión el 5 de enero de 1961. Uno de los periodistas más jóvenes de El Norte de Castilla, llamado Francisco Umbral, escribía que este nombramiento suponía del descubrimiento por parte de la región de la personalidad apabullante de aquel que era muy conocido en Valladolid y que se llamaba “Don Marcelo” (El Norte de Castilla 18 enero 1961). Como hemos dicho, su consagración se produjo en la Catedral de Valladolid el 5 de marzo de aquel año, con la participación de toda la ciudad, además de su clero y seminario en el que había impartido clases, además de la Universidad, los numerosos vecinos de los barrios de España y de San Pedro Regalado, así como de sus paisanos de Villanubla. El nuncio Antoniutti lo consagró, mientras el arzobispo García Goldáraz preparaba y participaba de una de las comisiones del Concilio y permanecía en Roma. Fue retransmitida por vez primera por Radio Valladolid y con una procesión cívica previa donde no faltaba nadie. Dos mil quinientas personas pudieron escuchar la interpretación sacra del maestro Pedro Aizpurúa, mientras la ciudad había sido engalanada para tal acontecimiento. Hoy en la parroquia de Villanubla se conserva el báculo pastoral de don Marcelo donado por el propio Marcelo González.

No tenía nada material en Valladolid que dejar. Su madre había fallecido en los años anteriores y marchaba a Astorga con su hermana Angelita, con la cual conviviría toda su vida hasta su muerte en Toledo en el año 2000. Necesitaba un secretario y le quería de ésta su diócesis que dejaba. De nuevo, su amigo y recién nombrado vicario general Modesto Herrero le proporcionó un sacerdote recién ordenado, nacido en Cuenca de Campos que no había podido asistir a la consagración de don Marcelo. Se llamaba y se llama Santiago Calvo, sobrino de otro canónigo de aquel Cabildo de los años cincuenta, Vicente Rodríguez Valencia. Se unió al ministerio episcopal de Marcelo González como secretario, desde un 5 de septiembre de 1961, en el día que se consagraba el santuario de la Virgen del Camino en León y le acompañó en Astorga, Barcelona y Toledo –de cuya Catedral ha sido deán–.

La presencia de Valladolid

En los años en que Marcelo González vivió en Valladolid participó en numerosos foros ciudadanos, no siempre estrictamente religiosos. En el ám-

bito de la Semana Santa y de las cofradías destacó por la predicación, como hemos venido diciendo, en dos ocasiones del Sermón de las Siete Palabras, en 1948 y en 1991, ambos dos en la Plaza Mayor y sin incidencia climatológica. Para este último, cuando pudo estar por la presencia en Toledo de su obispo auxiliar, El Norte de Castilla titulaba: “Marcelo González llamó a un catolicismo activo sin reduccionismos”. Pero también ha sido la única persona que ha pronunciado en dos ocasiones —como ha estudiado Miguel Ángel Rodríguez Lanza— el pregón de Semana Santa, casualidad, las dos ocasiones un 23 de marzo, pero la de 1955 en el Ayuntamiento de la ciudad y en 1977 en la Capilla del Museo Nacional de Escultura, que se quedó pequeña para escuchar aquel “Elogio y nostalgia de la Semana Santa de Valladolid”. En 1986, vino a Medina del Campo para predicar también la Semana Santa de la villa de las Ferias. En 1957, el 22 de abril, había sido nombrado académico de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción aunque su nombramiento como obispo le impidió tomar posesión. Precisamente, la ciudad de Valladolid le concedió en el Pleno de 13 de septiembre de 1961 la Medalla de Oro, cuando ya se encontraba en su nueva diócesis. La Diputación Provincial, entonces presidida por José Luis Mosquera, acordó el 31 de enero de 1972 la concesión de hijo predilecto de la Provincia, otorgando su nombre a la Residencia de personas mayores dependiente de la misma y conocida precisamente como de “Cardenal Marcelo”.

En 1989, un 10 de diciembre, fue cardenal-legado pontificio en la celebración del cuarto centenario de la fundación del Real Colegio de Ingleses, el seminario de San Albano. Igualmente, volvía a tener esta representación en la conmemoración del quinto centenario del Tratado de Tordesillas, con la presencia del Rey de España y del presidente de la República de Portugal. Se recordaba cómo el papa Alejandro VI había sancionado el reparto del mundo entre los reyes de Castilla y Portugal en 1494.

En 2000, recibía el premio de Ciencias Sociales de Castilla y León, entregado del monasterio de Nuestra Señora de Prado, después de una operación de garganta que prometía limitarle en su expresión oral. Ese mismo año acompañaba en sus últimos momentos al que había sido su discípulo Modesto Herrero, vicario general de la diócesis de Valladolid entre 1959 y 1987, fallecido en ese año (20.IV.2000). En 2002, vino a celebrar los 50 años de la inauguración de su Barrio de San Pedro Regalado, tal y como informó El Norte de Castilla: “Hoy, ya declinando mi vida, me habéis proporcionado

la satisfacción de revivir aquellas jornadas que han constituido lo mejor que pude hacer siendo canónigo de la Catedral, profesor del Seminario y profesor de la Universidad”. Unos meses después entraba en la nueva diócesis, el hasta entonces obispo de Salamanca, Braulio Rodríguez Plaza y él no quiso dejar de asistir y de abrazar al nuevo arzobispo metropolitano de su diócesis natal. La historia quiso que años después, don Braulio dejase Valladolid tras comunicarle el nuncio el nombramiento que el papa Benedicto XVI le había realizado como arzobispo de Toledo y primado de España, el tercer sucesor de don Marcelo después de los cardenales Álvarez y Cañizares. Todavía restaba una última predicación en Valladolid, un 23 de junio de 2003, en la Semana del Corazón de Jesús de este Centro de Espiritualidad que contempló con tanta satisfacción. Finalmente, no falleció en la ciudad del Pisuerga sino en el pueblo de su madre, Fuentes de Nava, un 26 de agosto de 2004, cuando tenía 86 años cumplidos.

En numerosos estudios y análisis de Santiago Calvo para con don Marcelo, concluye afirmando que Valladolid lo era todo para el que habría de ser cardenal y primado de España: “durante toda su vida, llevó siempre a Valladolid en el corazón y en los labios. Colocó el escudo de Valladolid en el centro de su escudo episcopal. La ciudad, por suscripción popular, le regaló un precioso anillo, símbolo del desposorio del obispo con la Iglesia, que usó el día de su consagración episcopal. Cuando murió, lo entregó al Cabildo Metropolitano de Valladolid, como señal de que quería seguir unido para siempre, aún después de muerto, con la ciudad, en la que volcó todas sus energías de joven y de la que en espíritu nunca se había separado en vida”.

“Valladolid, Valladolid, ciudad querida, conserva tu alma, guárdala, no dejes que se profane, todo ha cambiado mucho decía yo al principio de este sermón. Si. Hay muchas más fábricas y talleres. Hay mucha más riqueza. Aparecen también los conflictos sociales. Hay muchas más iglesias, hay mucho más trabajo apostólico. Hermanos, hijos y familias de Valladolid, tenéis una historia gloriosa en esta Castilla la Vieja, en donde hemos nacido y hemos recibido el influjo de una historia y de una presencia de hombres y mujeres nobles. Guarda tu alma y no dejes que se pierda por los caminos de una falsa modernidad [...] Es la nueva evangelización a la que nos llama el Papa. Sa-

cerdotes hermanos de Valladolid, ofreced todos con entusiasmo vuestro concurso pastoral para que se puedan lograr fines tan excelsos. Seglares, grupos apostólicos, jóvenes y mayores, uniros, organizaos bien para que pueda subsistir con el espíritu de siempre la realidad que piden los tiempos de hoy. Un acto tan hermoso como este y todos los que celebráis en vuestra Semana Santa ya tan célebre debe mantenerse a todo trance [...] Aquí también hay arte, es el arte bellísimo de estas esculturas inigualables que forjaron no solo los imagineros sino las generaciones anteriores y está el pueblo, incorporado a este sentir y vibra su alma con la belleza de lo religioso [...] y si esta escenografía corresponde al genio de un pueblo, ese pueblo tiene derecho, perfecto derecho a mantenerla. Dios quiera que los años venideros mantengan este espíritu de hoy y os permita mirar siempre a Jesucristo crucificado y escuchar sus palabras y decirle: Señor, tú solo tienes palabras de vida eterna”.